

PUNTO ROJO

**BRU
GUE
RA**

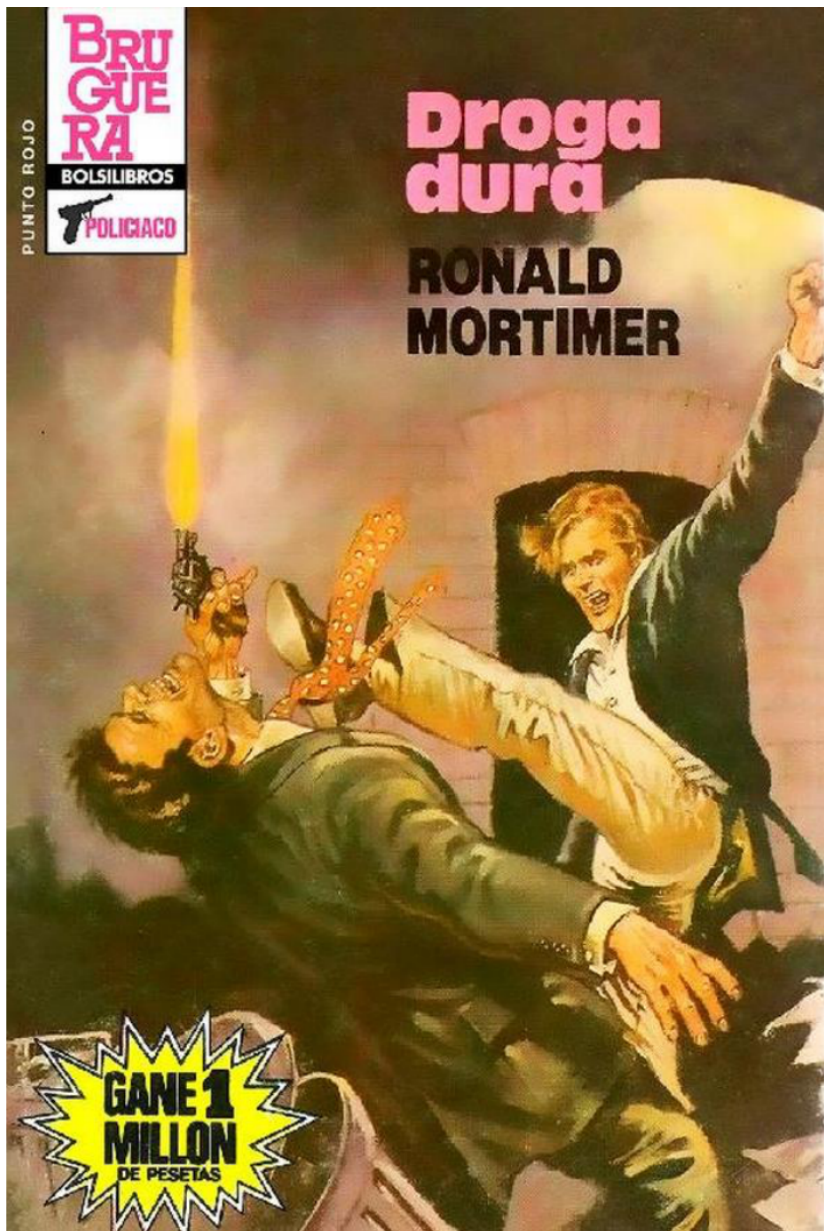
BOLSILIBROS

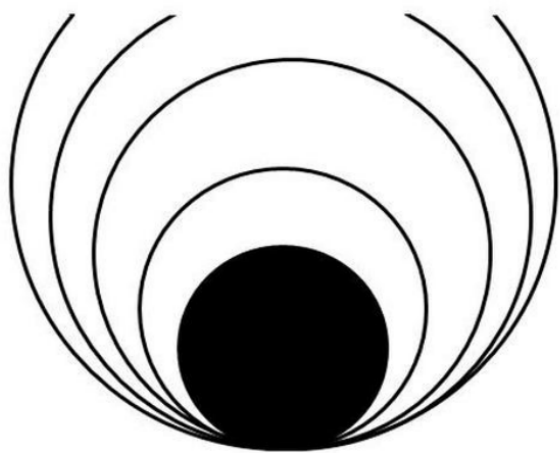
POLICIAO

Droga dura

**RONALD
MORTIMER**

**GANE 1
MILLON
DE PESETAS**





PUNTO ROJO



ENCONTRARÁ OBRAS DE ESTE MISMO AUTOR
EN LAS COLECCIONES DE
EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
QUE SE DETALLAN A CONTINUACIÓN:

Héroes del Espacio
Bisonte, Serie Azul
Búfalo, Serie Azul
Punto Rojo

RONALD MORTIMER

DROGA DURA

Colección **PUNTO ROJO** n.º 1182
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES - CARACAS - MÉXICO

1ª edición en España: abril, 1985

1ª edición en América: octubre, 1985

Concedidos derechos exclusivos a favor de Editorial Bruguera, S.A.
Camps y Fabrés, 5. 08006 Barcelona (España)

© Ronald Mortimer – 1985 texto

© Norma – 1985 cubierta

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en España - Printed in Spain

ISBN: 84-02-02520-X / Depósito legal: B 5.693 - 1985

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S.A.

Carretera Nacional 152, km 21.650 Parets del Vallés (Barcelona) - 1985

CAPÍTULO PRIMERO

—Bien, Garver, diga lo que tiene que decir.

Era el teniente Mathieson, naturalmente. Con la boquilla de su sempiterna pipa apuntaba a Willy y le obligaba a recordar que estaban en el despacho del capitán Ferguson, jefe de la Brigada de Narcóticos de la Policía de Nueva York, y que eso significaba que un simple inspector no podía hacer perder el tiempo a tan importante personaje.

—Sí, teniente. Bien, como usted sabe, yo estoy asignado al caso...

—Garver, el capitán tiene buena memoria. Ahórrese las introducciones.

Willy se tragó la previsible reacción y hasta logró sonreír al teniente. Cuando uno llega a conocerlo, y el muchacho ya lo había hecho, no era mal tipo. Nervioso como un sapo sometido a una corriente eléctrica, alto y seco como un pino cuyas hojas no fueran perennes y menos dado a una charla amable que una ostra sordomuda, pero capaz de conseguir un permiso para sus subordinados cuando lo necesitaban y, lo más importante, siempre dispuesto a ser el primero en entrar en la casa sospechosa.

—Iré al grano —decidió Willy, siempre incómodo en presencia del gran jefe—. Tengo motivos para sospechar que el centro de distribución de droga dura en el Village está en un local llamado Tonight.

—¿Está seguro? —habló por primera vez el capitán Ferguson.

Willy se vio obligado a sacudir lentamente la cabeza.

—Aún no, señor —admitió—. Nunca había oído hablar de ese lugar hasta ayer. Seguía a *Chico* Rodríguez, un pobre diablo portorriqueño que vende algunos gramos de vez en cuando; no esperaba sacar nada importante de él, pero...

—Había dicho que iría al grano, Garver —le recordó con su

«amable» tono habitual Mathieson.

—Sí, señor. Un tipo desconocido para mí se encaró con *Chico*. Éste, visiblemente asustado, intentó dar explicaciones, pero el otro le arreó dos tremendas bofetadas y se fue. Decidí seguirlo a él porque a *Chico* puedo encontrarlo cuando quiera.

—Y el desconocido fue a ese lugar llamado... ¿cómo? —La nerviosa interrupción del teniente Mathieson le valió una mirada de reconvención de su superior, pero que ni hizo mella en él.

—Sí, señor —dijo con evidente tono de fastidio Willy—. El desconocido fue a Tonight.

—¿Y qué ocurrió entonces? —le animó Ferguson.

—Entró en el local demostrando conocerlo muy bien —explicó el muchacho, dirigiéndose ostensiblemente al capitán—. Varios lo saludaron, incluido el barman, él no respondió a los saludos, atravesó el local, que es largo y angosto, y desapareció por una puerta que da a los lavabos y a un pequeño almacén donde se guardan bebidas y esas cosas.

—Su conocimiento de esos detalles indica que usted le siguió —preguntó afirmando Mathieson, ahora empezando a demostrar interés.

—Sí, señor, le seguí. Y aquí mi interés por Tonight, ya que el tipo había desaparecido.

—¿Qué quiere decir? —preguntaron al unísono el capitán y el teniente.

Willy abrió sus brazos en señal de impotencia.

—Lo que he dicho. Que desapareció. Entré al lavabo de hombres, donde sólo había un borracho vomitando; después eché una ojeada en el de mujeres, que estaba vado, y por fin recorrí palmo a palmo el almacén, por si el tipo se escondía tras las pilas de cajas de cerveza. No estaba allí. Y no había otra puerta ni ventana practicable.

—Pudo haber vuelto al local desde el almacén mientras usted revisaba los lavabos —opuso el capitán.

Pero Willy pisaba terreno firme.

—Imposible. Los lavabos son muy pequeños, un solo retrete en cada uno, más un lavabo y, en el de los hombres un par de mingitorios. Dejé las puertas abiertas y en todo momento tuve a la vista la que comunicaba con el salón.

—Bien, Garver —urgió el capitán—, tenemos un tipo que dio un par de bofetadas a un ínfimo distribuidor y después desapareció tragado por una letrina, ¿adónde se supone que nos lleva todo eso?

Al muchacho no le pasó inadvertido el gesto de impaciencia de Mathieson ante las palabras del capitán, pero no se dio por aludido.

—Esto ocurrió antes de anoche —explicó con voz tranquila—; anoche, desde las siete, monté guardia en los alrededores del local. Estuve hasta que cerró, pasadas las doce, y creo que el plantón no fue inútil. Alrededor de las diez entró *El Dandy*.

Ahora sí había logrado despertar el interés del capitán, que lo miraba fijamente. Mathieson, sacándose la pipa de la boca, le dijo:

—Cuando Garver me contó lo de *El Dandy* creí que era mejor que usted lo supiera de inmediato, señor.

Ferguson asintió distraídamente con la cabeza y, con una de sus manos, instó a Willy para que continuara hablando.

—Bien, señor —dijo éste, con voz como de disculpa—, ahí termina la historia.

—¿Qué quiere decir?

—Que *El Dandy* no volvió a salir. Como ya he dicho, estuve hasta que cerraron el local y todo el personal se hubo ido. Pero *El Dandy* no salió. Y eso es todo.

Uno por uno, Ferguson hizo sonar sus nudillos, exceptuando los de los pulgares, y sólo cuando hubo acabado se decidió a hablar.

—Puede que se trate de una simple coincidencia o puede que haya dado con algo realmente gordo, Garver —dijo con voz inesperadamente pausada el capitán—. De momento lo único que tenemos es un tipo aparentemente conectado con los distribuidores, que desapareció en el mismo local en que, la noche siguiente desapareció *El Dandy*...

—Yo no dije... —empezó a matizar Willy, pero se interrumpió voluntariamente.

Había recordado que era altamente desaconsejable que los jóvenes inspectores quitaran el uso de la palabra al gran jefe de la Brigada de Narcóticos.

—Repito que puede tratarse de una coincidencia —siguió éste, sin la menor alteración en su voz—, pero creo, salvo mejor opinión del teniente Mathieson, que vale la pena mantener el local bajo permanente vigilancia. ¿Qué opina usted, teniente?

El teniente opinaba igual que su superior.

—Bien —concluyó el capitán—, entonces queda decidido. Quiero estar informado al instante de las novedades. Como ustedes saben muy bien, llevamos años tras *El Dandy*. Estamos convencidos de que es él quien domina el mercado de la heroína en buena parte de Nueva York y otras ciudades de la costa este, pero nunca se le pudo probar nada. Una docena de veces fue llevado ante las cortes de justicia y una docena de veces salió de ellas con la frente bien alta, como acostumbra a decir. A ver si esta vez tenemos más suerte.

—Haremos todo lo posible para que así sea, señor —dijo Mathieson, guardando la pipa apagada en el bolsillo superior de su chaqueta y poniéndose de pie.

Willy hizo lo propio.

Ante la puerta del despacho del teniente se despidieron.

—Que haya suerte, Garver.

—Gracias, teniente. He dejado a González ante la puerta de Tonight, le relevaré a las siete.

—De acuerdo. Téngame informado y no intente nada sin consultarme.

Con un gesto que era a la vez un asentimiento y despedida, Willy empezó a alejarse mientras el otro entraba en su despacho.

Llegaba a la puerta del edificio cuando una voz femenina que le llegaba desde sus espaldas le hizo detenerse.

—¡Garver! ¿Por qué tanta prisa?

—Hola, Rita —dijo él sin volverse.

No necesitaba hacerlo para saber de quién se trataba.

La chica, con uniforme policial, se puso a su lado. Era rubia, muy joven y muy guapa. Aunque era bastante alta, apenas llegaba al hombro de Willy, que también era rubio y joven y guapo. Una señora a la antigua usanza habría dicho de ellos que formaban una buena pareja. Frase con la que Willy no habría estado de acuerdo.

No tenía nada en contra de Rita, excepto que... Bueno, él no tenía tiempo que perder. Las chicas contaban para él sólo cuando estaban sobre una cama, desnudas y con las piernas abiertas. Y, aunque nunca se lo había preguntado, imaginaba que Rita era de las que ponían pegas y hacían perder el tiempo antes de abrirse de piernas.

—Salía a llevar un informe a Jefatura —informó la chica—, pero tendría tiempo para beberme un café. Hace un frío de mil demonios, como diría el teniente O'Hara.

—Sí, hace frío —respondió Willy sin comprometerse.

No estaba para charlitas en el bar de la esquina con una chica que sólo buscaba su compañía para pasar el rato. Eran las cinco y veinte, dentro de cuarenta minutos tendría que relevar a González. Le esperaba una noche de frío y sueño. Se bebería un café doble y se comería un par de hamburguesas, pero *sólo*.

—Si quieres acompañarme... —empezaba Rita, pero él la cortó.

—Lo siento, tengo prisa. Será otro día.

El frío aumentaba minuto a minuto. No nevaría, porque el cielo estaba despejado, pero la temperatura tenía que estar varios grados debajo del cero. Y no eran más que las ocho y media de la noche, aunque la estrecha callejuela del Village, libre de la variopinta multitud que durante el día la cubría, hacía pensar en que era casi la madrugada.

Semi escondido en un oscuro zaguán situado frente mismo a la entrada de Tonight, Willy daba pie con pie y mano con mano, maldiciendo al clima de Nueva York, pero mucho más a los traficantes de droga.

Dos horas y media en las que no había ocurrido absolutamente nada más que el entrar y salir de parroquianos más o menos borrachos, y aún le faltaban tres y media más hasta que vinieran a relevarlo. Malditos...

Y entonces se abrió la puerta de Tonight y el mismísimo *Dandy* salió al exterior.

Apretujándose instintivamente contra la pared, Willy contempló al mafioso, que se alejaba lentamente por la acera.

Que se alejaba caminando.

Todos los que, a uno u otro lado, tenían algo que ver con el delito en Nueva York sabían que *El Dandy* no daba un paso por la ciudad. Tenía una flotilla de coches entre los que se encontraba un Rolls Royce Silver Cloud y un mítico Bugatti T 35, pero usaba habitualmente un Cadillac blindado. En fin, usara el coche que usase, nunca iba a pie. ¿Qué podía ser tan importante para hacerlo andar ahora?

Willy quería seguir vigilando la entrada de Tonight, pero la tentación era demasiado grande. *El Dandy* acababa de doblar por la primera esquina...

Sin pensarlo más, se lanzó tras él.

Llegó justo a tiempo para verlo sumergirse en las sombras densas de un callejón situado a espaldas del local. Tras esperar un tiempo prudencial, él también se zambulló en las sombras, pensando que allí podía estar la solución del misterio de las desapariciones que ocurrían en el interior de Tonight.

Entonces, como una película proyectada por un operador enloquecido, las cosas empezaron a suceder a ritmo vertiginoso y sin orden ni explicación aparentes.

El Dandy había desaparecido de su vista, como tragado por las sombras, pero alguien —otra sombra— avanzaba bamboleante hacia él. Un borracho, pensó fugazmente Willy, apartándose instintivamente del camino del otro.

Algo estalló en su cabeza.

Primero luces brillantes, después dolor; por fin nada.

CAPÍTULO II

Y el proceso inverso: de la nada, al dolor y a las luces brillantes. Un olor que hería sus fosas nasales. La sensación de emerger de un pozo profundo hacia una zona de dolor y luces hirientes y olores insoportables.

—Está despertando.

—Menuda trompa.

—Silencio. Yo seré el que hable.

Willy logró abrir sus ojos. Una luz brillante le obligó a cerrarlos de inmediato, pero el instante de visión había sido suficiente para mostrarla, para su gran sorpresa, que estaba en su propia habitación.

—Garver, despierte de una buena vez.

Sin duda, era la voz del teniente Mathieson. ¿Qué hacía en su dormitorio? ¿Qué hacía él mismo en su dormitorio? Mientras se obligaba a abrir los ojos, los recuerdos comenzaron a agolparse en su mente. La vigilancia ante Tonight; la salida de *El Dandy*; su decisión de seguirlo; el callejón. Un golpe. Sí, eso era: le habían dado un golpe en la nuca y había perdido el sentido. ¿Pero cómo había llegado hasta su propia cama? Y ese olor... De pronto recordó algo más. Un tipo joven que avanzaba bamboleante hacia él. ¿Qué sentido tenía todo eso?

—Estamos esperando su versión, Garver.

A costa de un brusco aumento de dolor en la nuca, logró abrir del todo los ojos y fijarlos en el teniente, que se inclinaba impaciente sobre él.

—Tiene mucho que explicar. Y no le faltará tiempo para hacerlo, pero ahora quiero una primera explicación.

Explicación ¿de qué? Por supuesto, Willy no se atrevió a hacer la pregunta en voz alta. A la luz de la lámpara que colgaba del techo, había visto a Richardson y Buller, dos de sus compañeros,

moviéndose inquietos tras el teniente. Algo serio se traían entre manos para estar los tres allí a esas horas de la noche... ¿A qué horas?

—¿Qué hora es? —preguntó incongruentemente.

Sin disimular un gesto de fastidio, Mathieson echó una rápida mirada a su reloj.

—Las tres y diez —masculó.

Willy lo miró con ojos dilatados por el asombro. A medianoche tenían que relevarlo... ¿Qué había ocurrido?

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó en voz alta.

Un brillo de furia apareció en los ojos de Mathieson, pero cuando habló lo hizo con voz casi controlada.

—Será mejor que usted nos lo diga, Garver.

El muchacho inició un gesto de impotencia, pero después prefirió hablar. Decir lo poco o nada que podía decir.

—Estaba vigilando la entrada de Tonight...

—Eso ya lo sabemos.

Willy aceptó la imposición de urgencia con un movimiento de cabeza.

—A las ocho y media *El Dandy* salió del local —dijo—. Si hubiera montado en uno de sus coches, le habría dejado ir, pero se fue andando...

—¿Andando? —repitió asombrado Richardson.

—Sí, andando. Y eso es tan extraordinario que decidí seguirle.

—Abandonando su puesto de vigilancia.

El muchacho dedicó al teniente un breve asentimiento y siguió hablando.

—Le vi doblar por la primera esquina y fui tras él. No había ocurrido absolutamente nada anormal en las dos horas y media que llevaba vigilando y creí que seguir a *El Dandy* en su misteriosa caminata nocturna era lo mejor que podía hacer.

—¿Y qué pasó después? —le urgió Mathieson, en lo que era una especie de exculpación por haber abandonado su puesto.

—*El Dandy* se introdujo por el callejón que corre por detrás de Tonight. La oscuridad era casi total allí, pero podía ver su sombra caminando unos diez metros por delante de mí. De pronto un hombre que me pareció joven avanzó tambaleante hacia mí, ocultándome la visión de *El Dandy*. Inmediatamente recibí un golpe

en la nuca y perdí el conocimiento.

—¿Eso es todo lo que quiere decirme?

Willy miró con extrañeza al nervioso Mathieson. El teniente tenía fama de duro, y probablemente lo era, pero nunca ponía en duda lo que sus hombres le contaban y los defendía y hasta se jugaba por ellos cuando eran injustamente acusados. Desconcertado, y comenzando a sentir una vaga inquietud que se destacaba del dolor de la nuca, Willy miró interrogante.

Aunque en un primer momento su superior lo miró desafiante, como esperando que él hablara primero, al punto renunció al mutismo e hizo una pregunta inesperada:

—¿Y los disparos?

El desconcierto de Willy aumentó varios grados.

—¿Disparos? No sé de qué me habla.

—¿No recuerda haber disparado?

—No. Estoy seguro que en ningún momento saqué el arma.

Mathieson se volvió a los otros y los miró significativamente. Los dos compañeros de Willy le devolvieron la mirada sin permitir que transluciera ningún tipo de sentimientos. Mathieson me está acusando de algo y Buller y Richardson se desentienden del asunto para no sumarse a la acusación, dedujo el muchacho. Pero ¿de qué demonios podía acusarlo el teniente, excepto de abandonar el puesto de vigilancia, y él tenía autoridad suficiente para decidir lo que hacía?

Tenía que hacer preguntas, aunque eso no le gustara a Mathieson.

—¿Cómo he llegado a aquí? ¿Ustedes me trajeron?

—Soy yo quien hace las preguntas.

La respuesta, cortante y definitiva, alarmó a Willy. Algo muy grave había ocurrido para que Mathieson le hablara como hablaba a los detenidos. Algo muy grave había ocurrido... y al parecer a él se culpaba de ello.

—Yo no sé más de lo que he dicho —estalló—. Lo siento, teniente, pero tendrá que ser usted el que hable.

Era un desafío, y Mathieson lo tomó como tal.

—Si se pone en ese plan, Garver, me obliga a actuar como no habría querido hacerlo —endureció aún más la voz—. Tiene diez minutos para quitarse esas sucias ropas y darse una ducha. Después

vendrá con nosotros.

Aunque conocía suficientemente bien el quehacer policial para saber que eso significaba una detención, Willy se negó a aceptarlo.

—¿En calidad de qué debo acompañarles? —preguntó con voz ronca.

—En calidad de detenido.

—¿De qué se me acusa?

—De haber dado muerte al ciudadano Robert Mulligan.

—¿Robert Mulligan...? ¡Pero si en mi vida he oído hablar de él!

—Es ese que usted definió como un hombre joven que avanzaba tambaleante.

—¿Que yo lo he matado? Pero si yo...

—Basta, Garver. Tendrá oportunidad de hablar en el juicio. Mulligan fue muerto de dos disparos del Treinta y Ocho *Smith Wesson Special*, el arma que usted usa. Aún falta la pericia balística, claro, pero... —se interrumpió y después, con tono inesperadamente más amable, dijo—: Espero que pueda probar que actuó en defensa propia o algo por el estilo. Claro que su borrachera...

Sólo entonces comprendió Willy que el olor que lo mareaba era de alcohol barato y emanaba de sus ropas.

—Señor juez, ha quedado debidamente probado que el acusado, William Garver, mató a Robert Mulligan con su arma reglamentaria sin haber recibido de él el menor agravio y hallándose en estado de ebriedad...

—¡Protesto, señoría!

—Protesta aceptada. El fiscal no debe hablar de ebriedad por cuanto tal extremo no ha sido probado.

—Pero sí que la muerte de Mulligan, un honesto ciudadano nunca procesado por la justicia, se produjo a consecuencia de dos disparos realizados por el arma de Garver, lo que lo convierte en un asesino...

—¡Protesto, señoría!

—Protesta aceptada. El fiscal debe abstenerse de calificar al acusado.

—Bien, señoría Terminó mi alegato repitiendo lo que dije al principio: William Garver, utilizando el arma que la sociedad le confió para que la protegiera, he matado a un hombre inocente. El

mismo ha reconocido ante este tribunal que ningún agravio tenía contra Robert Mulligan. Ni siquiera lo conocía, ha dicho textualmente. Y, sin embargo, lo ha matado...

—¡Protesto, señoría! Lo que ha quedado probado es que la muerte se produjo a consecuencia de disparos efectuados por el arma de Garver, pero no que él los haya efectuado.

—Protesta aceptada.

—En fin, señoría Los miembros del jurado son personas honestas que quieren una policía en la que pueda confiar y en la que no tengan cabida personas a las que les gusta apretar el gatillo después de tomar unas copas...

—¡Protesto!

—Puede ahorrarse su protesta el señor defensor, porque yo termino. Este Ministerio Fiscal, a la vista de las pruebas aportadas y de las declaraciones de los testigos, así como a la incapacidad del acusado para negar lo que es una auténtica evidencia, estima que ha quedado probada la culpabilidad de William Garver en el asesinato en la muerte de Robert Mulligan y pide para el acusado la separación inmediata de la policía, inhabilitación definitiva para ocupar cargos públicos y una pena no menor de doce años y un día de prisión mayor.

—Tiene la palabra el abogado defensor.

—Señoría, es evidente que mi colega el fiscal ha armado su caso como se arma un castillo de naipes: con deseos más que con realidades. Lo único que ha conseguido probar ha sido que los disparos que ocasionaron la muerte al ciudadano Robert Mulligan fueron efectuados por el arma reglamentaria del inspector Garver, y que Garver estaba en el lugar de los hechos a la hora aproximada en que éstos se produjeron. Y esto último por propia y espontánea declaración del mismo acusado. Y nada más, señoría y señores del jurado. No ha podido probar nada más por la más sencilla y verdadera de las razones: porque no hay nada por probar. Es decir, lamentablemente ha muerto por causas violentas un ciudadano de cuya honorabilidad nadie puede dudar, pero esto en modo alguno involucra a mi defendido...

—¡Señoría, el defensor parece querer burlarse del tribunal! Decir que en modo alguno involucra...

—El fiscal debe respetar al defensor que está en el uso de la

palabra.

—Señoría, mi defendido lleva seis años en la policía. Durante ese lapso, prolongado, si se recuerda que sólo cuenta veinticinco años, no sólo no ha tenido la más mínima mancha en su hoja de servicios, sino que ha sido repetidamente elogiado por sus superiores, como así lo han manifestado varios de ellos ante este tribunal. Especialmente quiero citar textualmente las palabras del teniente Mathieson, jefe inmediato del inspector Garver: «Me sorprendió mucho que llegara a embriagarse estando de servicio un hombre que no es afecto a la bebida y mucho más que disparara sin haber sido obligado a hacerlo. El inspector Garver es un hombre eficiente, en quién se puede confiar y en absoluto violento». Y está la declaración reiteradamente expuesta del propio Garver. ¿Por qué no creerle cuando dice que recibió un golpe en la nuca y no recuerda nada más? Se ha probado que el golpe existió, aunque la pericia médica diga que pudo haberse producido al caer Garver a la calzada. Por otra parte, el alcohol estaba en sus ropas, pero la prueba de alcoholemia no dio resultados positivos, si bien tengo que admitir que se realizó varias horas después de ocurridos los hechos. En fin, señoría, al no haberse probado en modo alguno que haya sido mi defendido quien efectuó los disparos que acabaron con la vida de Robert Mulligan; al no poderse siquiera probar que había bebido; y teniendo en cuenta sus antecedentes y las declaraciones de sus superiores, que lo muestran como el policía honesto, prudente y abnegado que realmente es, solicito para él la libre absolucón.

—Póngase en pie el acusado. Señor presidente, ¿ha llegado el jurado a una conclusión?

—Sí, señoría.

—¿Halla al acusado culpable o inocente?

—Señoría, este caso se presenta confuso. El acusado estaba en el lugar y ha sido su arma la utilizada, pero las pruebas no son sufi...

—Recuerdo al señor presidente que debe limitarse a comunicar a este tribunal si ha encontrado a William Garver culpable o inocente del delito que se le acusa.

—Inocente, señoría.

—Oído el fallo del Jurado, este tribunal declara la libre absolucón del acusado por falta de pruebas.

—Garver, le he hecho venir con tanta urgencia porque soy de los que creen que las malas noticias deben darse cuanto antes.

—¿Eso significa que voy a ser retirado del Cuerpo, teniente?

—Lo siento, Garver, créame que lo siento, pero así será.

—He sido declarado inocente...

—Por falta de pruebas, no lo olvide. Y ya sabe cómo se ha ensañado la prensa amarilla con usted. Por supuesto, se meten con la policía siempre que pueden, es lo suyo. Pero nosotros tenemos la obligación de cuidar al máximo nuestra imagen.

—Cometen una injusticia conmigo.

—Puede que sí, Garver, puede que sí. Y, si lo es, no es la primera, ni será la última. Yo intenté salvarle hasta el límite de mis posibilidades...

—Lo sé, teniente, y se lo agradezco.

—Nada tiene que agradecerme. Lo hice porque usted me ha sido siempre útil. Pero el capitán Ferguson, no sé si por propia decisión o presionado desde arriba, ordenó su separación. Por escrito y con todas las firmas y todos los sellos del caso. Lo siento, pero no hay nada que hacer. Por supuesto, se le asignará una pensión.

—¡No quiero una limosna!

—No he dicho limosna; he dicho una pensión. Le corresponde y se le dará.

—Mi investigación...

—Quede tranquilo. He puesto a Richardson en el caso; es un hombre competente y sabrá seguir adelante desde donde usted lo dejó.

—Veo que no me queda más remedio que irme.

—Desgraciadamente, así es, Garver.

—Adiós, teniente Mathieson.

—Adiós, Garver, y buena suerte.

—Willy... Esperaba que salieras del despacho de Mathieson. ¿Te ha...?

—Sí, Rita. Me ha echado.

—Willy, yo... Quiero decir...

—Adivino lo que quieres decir, y te lo agradezco. Pero no tiene solución. Te repito: me ha echado.

—Es una asquerosa injusticia.

—Supongo que sí, pero eso no cambia las cosas.

—¿Qué piensas hacer?

—Comerme una hamburguesa. Tal vez dos.

—Willy, sabes a qué me refiero.

—Ah, eso. Pues como podrás comprender aún no he tenido tiempo de pensarlo.

—Si yo puedo hacer algo por ti...

—¿Puede tu padre darme un empleo en su tienda de alimentación?

—No, Willy. Apenas les da para vivir, y eso que sólo la atienden él y mi madre.

—Entonces no puedes hacer nada por mí.

—Escucha, no tengo nada demasiado urgente en la próxima media hora, ¿por qué no me invitas a una hamburguesa?

—Porque de ahora en adelante, deberé medir muy bien mis gastos.

—William Garver, yo no tengo la culpa de lo que te han hecho.

—Lo sé, Rita, lo sé. Y supongo que debería disculparme, pero, qué quieres, hoy no estoy para disculpas. Nadie me pide disculpas a mí, y, ya ves, me han echado, ¿por qué voy yo a pedir disculpas a los demás?

—Adiós, Willy, que tengas suerte.

—Adiós, Rita. Que la tengas tú también.

CAPÍTULO III

Lo primero que hizo Willy al abandonar el edificio policial fue algo lógico y previsible: se compró una botella de *whisky* irlandés. Los pasos siguientes, ir a su casa, beberse la botella, emborracharse a fondo, dormir a pierna suelta hasta la mañana siguiente no fueron más que lógicas consecuencias de su primera acción.

Cuando por fin despertó, esta vez sin la ayuda de nadie y descubriendo con sorpresa que el coro de los grillos cantores de Viena se había aposentado en su cabeza, lo primero que hizo Willy volvió a ser algo tan lógico y previsible como casi veinticuatro horas antes lo fuera la compra de la botella: se fue al cuarto de baño, llenó la bañera con agua apenas más que templada y se zambulló en ella.

Una hora, un Alka Seltzer y dos cafés más tarde, empezó a sentirse en condiciones de reintegrarse al mundo y a la vida. Y hasta en condiciones de pensar.

Todo había sucedido con gran rapidez. Incluso su detención y hasta el juicio. Desde la fatídica noche del callejón sólo habían pasado veinticinco días. Echado en su sillón favorito y único, chupando un caramelo de menta, de los que abusaba desde que dejara de fumar, Willy se sintió por primera vez en mucho tiempo vagamente reanimado: Al echarle del cuerpo, le habían dejado las manos libres.

Esto, que acababa de ocurrir, era lo que hacía que se sintiera mejor. Ya no tendría que esperar órdenes ni presentar informes. Ya no tendría que dejar una posible pista porque sus superiores no creían que pudiera conducir a algo sólido.

Bella...

¿Por qué había surgido de improviso este nombre en su mente? Rebobinó sus pensamientos. Y se detuvo en la palabra pista.

Bella, la negra y bien formada prostituta del Village, que más de

una vez le hiciera pasar buenos momentos en la cama y le proporcionara buena información fuera de ella. Pero ¿qué podía saber de todo esto? ¿Por qué la había recordado justamente ahora?

Y muy pronto la luz se hizo en su cerebro. Algo que antes, cuando aún era oficial de policía y estaba a cargo del caso, no había recordado.

Había ocurrido varios meses antes, quizá tres o, tal vez, cuatro. Él acababa de culminar con éxito la identificación y captura de una pequeña red de traficantes que operaban en institutos y hasta colegios de primera enseñanza. Mathieson le había concedido unos días de descanso, y él pasó la tarde de uno de ellos, e incluso parte de la noche, con Bella en su propia cama. Aparte de ser una maestra en las lides amorosas, la chica era alegre y simpática, por lo que Willy nunca desdeñaba su compañía. Sólo que no podía pagarla. Era demasiado cara para él. Pero ella también le gustaba la compañía del muchacho, así que abandonaba por unas horas el profesionalismo cuando se acostaba con él.

Después de dos violentos y gratificantes encuentros, bebían *Gin Tonic* y hablaban del Village y de los curiosos tipos que en el habitan, cuando Bella dijo, sin que viniera a cuento: «En Tonight pasan cosas raras». Riendo, replicó Willy: «Creo que las cosas raras que están pasando esta noche no te disgustan en absoluto», y ella: «No, tonto. Tonight es el nombre de un bar del Village»^[1]).

Pero en ese momento Willy estaba muy lejos del servicio y muy cerca del bello cuerpo desnudo de su compañera, y no siguió adelante con el tema sino con las caricias que se apresuró a reiniciar de inmediato. Y se olvidó por completo de las palabras de la chica. Quizá si las hubiera recordado antes...

Era tarde para lamentaciones, pero no para pedir a Bella que le explicara qué cosas raras ocurrían en el local.

Decidiendo que ya tenía por dónde empezar, se levantó ágilmente del sillón, se enfundó en la gruesa cazadora forrada de piel que usaba cuando no estaba de servicio y se lanzó a la calle.

Nunca, ni en sus momentos de mayor depresión durante el juicio, cuando pensaba que podrían caerle seis u ocho años, había dudado un instante en que seguiría investigando el tráfico de drogas no bien volviera a estar en libertad.

—Eh, Chuck, ¿está Bella?

—Muy temprano para ella, nunca viene a comer antes de la una y media o dos.

—La esperaré, si no te importa.

—¡Claro que no, Willy, tú sabes que siempre has sido bienvenido en Chuck's!

Y más ahora, que ya no eres poli. ¿Has comido?

—No.

—Pues te pondré un buen bistec. Invita la casa.

—Gracias, pero esperaré a Bella para comer. Ponme una cerveza.

A las dos menos veinte hizo su aparición la chica, flanqueada como siempre por los silbidos e invitaciones que sus oscilantes caderas inspiraban a los parroquianos del lugar.

—¡Willy! —gritó muy animada, al descubrir al muchacho que la miraba sonriente desde la barra.

Le zampó dos ruidosos besos que motivaron un concierto de gritos y silbidos.

—He venido a invitarte a comer —dijo él, pero ella negó firmemente con la cabeza.

—Nada de eso —dijo—. Comeremos juntos, pero seré yo la que pague. Tú estás en el paro, querido.

Sentados en la mesa más aislada del pequeño local, comieron lo que el patrón llamaba pomposamente *Chateaubriand* a la Chuck, y que no eran más que bistecs con guarnición de patatas, zanahorias y lo que estuviera más barato en el mercado. Pero eran buenos los bistecs y era buena la cerveza y era buena para Willy la compañía de la siempre alegre Bella.

Cuando bebían el café fuerte y muy caliente del local, el muchacho fue al grano.

—Bella, tú una vez me dijiste que en Tonight ocurrían cosas raras.

—¿Lo dije? —comentó ella, más interesada por seguir hablando de una «nueva» que intentaba competir con ella en Flamingo, el local donde ella reclutaba sus clientes.

—Sí, lo dijiste, sólo que lo estábamos pasando muy bien en ese momento...

—Y podemos volver a pasarlo bien en cuanto termines tu café,

querido. Hasta las seis o las siete seré toda tuya.

—Me encantaría, pero tengo trabajo por hacer.

—¿Es que ya no estás en el paro?

—¡Quieres callarte de una vez y prestar atención a lo que te estoy diciendo!

Ella inclinó la cabeza en señal de burlón acatamiento.

—Sí, *bwana*. Lo que tú digas, *bwana*. ¿Vas a pegarme con un látigo, *bwana*? Porque, de vez en cuando, un poco de sadismo no me disgusta.

—No tengo látigo a mano, pero puedo darte unas palmadas en el trasero.

—En el trasero podrías darme algo más fuerte que unas palmadas...

Willy no tuvo más remedio que reírse. Era imposible estar mucho tiempo serio con Bella. Pero, en cuanto lo creyó conveniente, volvió a la carga.

—Es muy importante para mí, Bella. Trata de recordar cuáles eran las cosas raras que ocurrían en Tonight.

Ahora ella se puso seria.

—No necesito esforzarme mucho para recordar —dijo—. Yo nunca vi nada pero estoy segura que allí hay drogas.

Una arteria comenzó a latir en la sien izquierda de Willy, señal inequívoca de tensión e interés.

—¿Te refieres a consumo o a tráfico? —preguntó en voz baja.

Ella se encogió de hombros.

—Ya sabes que el tema drogas me da repelús —dijo.

—¿Qué oíste o viste?

—Ver, nada. Sólo oír cosas aquí y allá. Pero, como no me interesaban, no presté mucha atención.

Era difícil hacer hablar a Bella de lo que no le interesaba.

—¿Qué cosas oíste? —preguntó Willy, conteniendo con bastante éxito su impaciencia.

—¿Conoces a Bert?

—¿En Tonight?

—Sí.

—No conozco a nadie en ese antro. ¿Quién es Bert?

—Nada menos que el barman. Es un buen chico. En realidad, si he ido a Tonight alguna vez que otra ha sido por él, porque la

parroquia...

—Deja a la parroquia tranquila y dime lo que oíste al tal Bert. Ella le guiñó un ojo.

—De acuerdo, impaciente, ya iba a llegar a eso. Una noche Bert estaba muy nervioso, así que le pregunté qué le pasaba. Me dijo que esa noche iba a ir el patrón, que por eso estaba nervioso. Yo le dije: ¿Es que has robado los cuartos de la caja o algo por el estilo?, pero él no estaba para bromas. Tú no conoces al patrón, me dijo muy serio.

—¿Y viste al patrón?

—Sí, llegó en seguida. Un tipo muy elegante, demasiado elegante, diría yo. Pasó a mi lado, pero sin mirarme. Siguió hasta el fondo, como para ir a los lavabos y no volvió a salir.

—¿Era un tipo gordo, de unos cincuenta años y con gesto de matar a su madre si se tercia?

Bella se excitó.

—¡Sí, sí, ese mismo era, qué bien lo has pintado! Por lo visto, le conoces.

—En cierta forma.

La descripción correspondía perfectamente a *El Dandy*, por supuesto. Willy presionó un poco más.

—Has dicho que habías oído cosas. Hasta ahora, sólo me has contado lo que has visto.

—Un par de noches más tarde volví a Tonight. Estaba interesada en un tipo de New Jersey que tenía...

—Ahórrate los detalles financieros. Y háblame de mis clientes, no de los tuyos.

—Lo que tú digas, *chérie*. ¿No es cierto que suena mejor que en inglés? Bueno, te decía que volví un par de noches después y le pregunté a Bert por su misterioso patrón. Te ahorro todos sus miedos y silencios, por fin me dijo más o menos lo que sigue: «Mira, nena, mejor no te metas en esto. Se trata de peces gordos, que se comen a los pequeños como tú cuando meten las narices en lo que no les importa». Pero a mí no se me hace callar tan fácilmente. «¿Se trata del Sindicato?», le largué, porque unos días antes había visto una película en la tele que hablaba del Sindicato del Crimen y esas cosas. «Eso está pasado de moda, nena», me dijo él. Siempre me decía «nena», aunque no debe ser mayor...

—¡Al grano, maldita sea!

—Está bien, está bien. Entonces Bert puso la boca junto a mi oreja y me dijo: «Drogas, y el tipo ése de New Jersey que has venido a buscar está en el asunto». Y yo me largué. Creo que fue al día siguiente cuando lo pasamos tan bien tú y yo y te hice el comentario.

Ahora sí que Willy estaba realmente excitado. Ese tipo de New Jersey...

—¿No volviste a Tonight?

—Nunca más. No quiero tener nada que ver con la droga.

Él le cogió ambas manos y ella le miró sorprendida.

—Bella —dijo con voz tensa—, bromas aparte, lo estoy pasando muy mal. Me han echado de la policía y...

—¿Qué quieres que haga por ti, Willy? —dijo ella con cariño—. Dímelo y lo haré.

—Gracias —murmuró él, besando las manos de ella—. Lo que quiero que hagas es ir a Tonight y tratar de ver al tipo de New Jersey.

—Lo imaginaba. Solía ir a Tonight los lunes y los jueves. Y hoy es jueves. ¿Qué tengo que hacer si lo veo? Supongo que no esperarás que le pregunte si es un traficante...

Willy estaba demasiado excitado para reírse.

—No, no —dijo—. Quiero que hagas lo que siempre hiciste con él.

—Siempre, fueron solamente dos veces. Me llevó al Pigalle, un hotel que no está nada mal.

—Lo conozco. Y soy amigo de *Mickey*, el portero de noche.

—¿*Mickey*?

—Lo llaman así porque tiene cara de ratón. Pero es un flor de tipo. Me pondrá las cosas fáciles. Yo me quedaré fuera de Tonight y os seguiré hasta el hotel. Irrumpiré en la habitación y tú te largas. Dejaré bien claro con el tipo que lo venía siguiendo desde Tonight y diré que sospechaba de él desde hace mucho tiempo, etcétera, etcétera. Así no podrá meterte en líos a ti.

—Que así sea, hermano.

—¿A qué hora solía caer el tipo?

—Tarde. Nunca antes de las diez.

—A las diez estaré oculto por ahí.

—A las diez haré yo mi entrada triunfal.

—Suerte.

—Lo mismo digo, hermano.

Willy se apostó en el zaguán frente a Tonight, no a las diez sino a las nueve y veinte de esa noche. La impaciencia lo consumía y tuvo que consumir ración doble de caramelos de menta para no caer en la cada vez más irresistible tentación de fumar.

A las diez menos cinco, sin mirar hacía ninguna parte que no fuera su camino, Bella entró en el local. Después, no muy fluidamente, entraron varios hombres. Pero Willy no conocía al de New Jersey, así que no les prestó más atención que la necesaria para darse cuenta que ninguno de ellos era *El Dandy*.

A las diez y media su nerviosismo empezó a crecer y a las once se transformó en temor.

—¡Bella, dichosos los ojos! Creí que nunca más volverías a honrarnos con tu presencia.

—Basta de guasa, Bert, y sírreme una copa.

El barman preparó un combinado a base de vermut francés y *gin*, con Angostura y otras exquisiteces, y se lo sirvió a Bella.

—El *Bert Special* —rió—. Atención de la casa.

Ella le sonrió, guiñándole un ojo. No se negaba a sí misma que estaba nerviosa, pero podía controlarse.

—Gracias, Bert —dijo con tono natural—. Eres un buen chico. Tan bueno, que es por ti por quien vengo a este antro.

Él se esponjó ante el elogio.

—¿Por mí o por el de New Jersey? —preguntó, bajando mucho la voz.

Ahora estaba donde ella había querido llevarlo.

—Una cosa es el placer y otra los negocios —dijo—. Y, ya que lo has mencionado, ¿sigue viniendo ese señor tan generoso?

—Todos los lunes y todos los jueves. Y como hoy es jueves...

Llegó quince o veinte minutos más tarde. Bella no fue a su encuentro, pero hizo lo posible para que él la viera. Y lo consiguió.

—¡Chica, qué agradable sorpresa! Varias veces pregunté a Bert por ti. ¿Por qué no te has dejado ver por aquí?

—Psst... Ya sabes: hoy estamos aquí, mañana allí...

—Bueno, bueno. Lo importante es que hoy estés aquí —alzó la

voz para hacerse oír por Bert—. ¿Han llegado los muchachos?

—Sí, señor John. Y le están esperando.

Él asintió, dio un pellizco en el muslo de Bella y le dijo:

—Espérame aquí. En un minuto vuelvo contigo a pasarlo en grande.

Desapareció por la puerta que daba a los lavabos.

—Dame otra copa, Bert —pidió Bella—. Pero ésta te la pagaré yo.

Creyó que tendría que esperar un buen rato, pero se equivocaba. No más de tres o cuatro minutos después de su *mutis*, reapareció el de New Jersey, tan sonriente como antes.

—¿Qué, nos vamos? —dijo Bella, dejándose caer del alto taburete.

—Sí, preciosa, pero antes quiero que conozcas a mis amigos. Será sólo un minuto y ellos se lo merecen.

Bert se inmovilizó durante un segundo en su tarea de preparar un combinado y su confusión no pasó desapercibida para Bella. No le gustaba nada la inesperada invitación, pero no halló manera válida de negarse a ella. No se le ocultaba que estaba jugando con fuego.

—Será un placer conocer a tus amigos —dijo, y siguió al otro hacia los lavabos.

Pasados éstos, llegaron al almacén. El de New Jersey se plantó ante la pared posterior y golpeó varias veces con diferente ritmo. Un trozo de pared se abrió, dejando ver una habitación bien decorada, en la que había tres hombres senados alrededor de una mesa.

—Ahora cuéntanos que te ordenó el expolicía que hicieras —dijo el de New Jersey, cuando la falsa puerta se hubo cerrado a sus espaldas.

—¿De qué me está hablando? —Logró gritar ella, aunque tenía inteligencia suficiente para saber que había perdido la partida.

—Éste —dijo el de New Jersey señalando a uno de los tipos sentados— ha estado siguiendo al Garver ése desde que salió del tribunal. Os vio a los dos comiendo juntos y charlando mucho. Así que habla, nena, y pronto. No nos gusta que nos hagan esperar.

CAPÍTULO IV

Cuando las campanas de alguna iglesia cercana —algo incongruente en el Village— dieron las once, la impaciencia de Willy se desbordó como una riada incontenible. Sin cuidarse de Richardson, a quien había descubierto mucho antes vigilando el local desde el interior de su coche, cruzó la calzada y abrió la puerta de Tonight. Una rápida ojeada le bastó para saber que la chica no estaba allí. Preguntar por ella hubiera sido una locura, ya que lo más probable era que alguno de los presentes lo reconociera como expolicía. Y eso no iba a favorecer en modo alguno a Bella, estuviera donde estuviese.

Decidió echar una ojeada al callejo posterior. Allí tenía que haber una entrada que comunicara con el misterioso almacén de Tonight. Sin mirar a Richardson, que estaba aparcado en la acera de enfrente, dobló en la esquina y volvió a doblar unos metros más adelante, introduciéndose en las densas sombras del callejón.

No se veía absolutamente nada y empezó a lamentar no haber traído su 7,65, ya que el 38 Special había tenido que entregarlo al armero de Jefatura.

De pronto, su pie tropezó con algo blando.

Y su mente emitió una señal de alarma, de dolor, de tragedia.

Se agachó, sólo para comprobar que su mente no le había engañado. A sus pies estaba el cadáver de Bella con la garganta salvajemente abierta en un tajo que inundaba de sangre el que fuera tan hermoso cuerpo.

—¡Perros malditos! —masculló Willy.

Escudriñó las tinieblas, pero no pudo ver nada. Aún sin armas, se disponía a buscar la puerta que lo llevara hasta los asesinos de la pobre prostituta, cuando una voz conocida sonó a sus espaldas.

—Willy, sé que estás por ahí. Hazme el favor de salir para que te vea, ¿quieres?

Se volvió y sin vacilar caminó hacia Richardson, que esperaba a la entrada del callejón. Había decidido que era mejor alejarse de allí cuanto antes.

—Willy, ya me había advertido el teniente Mathieson que podías aparecerte en cualquier momento. Mira, chico, yo sé que no es fácil...

Si para algo no estaba Willy era para recibir sermones.

—Sólo entré en el callejón para hacer mis necesidades —dijo, apartando al desconcertado Richardson y saliendo a la calle iluminada.

—¡Señor Garver, teléfono!

La aguda voz de su patrona gritando desde el arranque de la escalera lo sacó de sus tristes pensamientos. «Yo soy el responsable de la muerte de Bella»...

—¡Voy!

Bajó a la carrera. Esperaba esa llamada. En realidad, para estar cuando se produjera había vuelto a su casa, resistiendo la urgente tentación de emborracharse en cualquier tugurio.

—Diga.

—¿Garver?

—Sí, soy Garver, ¿quién habla?

—Un amigo. Ya has visto lo que le sucedió a tu amiguita...

—Escuche, tengo interés en llegar a un trato con ustedes.

Una carcajada sonó en el otro extremo de la línea.

—Garver, por favor —la voz sonaba casi implorante—, no nos tome por tan idiotas. Usted no quiere llegar a otro trato que el de matamos... si pudiera dar con nosotros, claro. Y no queremos morir, así que no le vamos a poner las cosas fáciles.

—Escuche...

—No, escuche usted. Por razones fácilmente comprensibles no nos gusta matar policías, aunque sean «ex». Pero, por supuesto, lo haríamos si se nos obligara a ello. Lo de la chica fue un aviso para usted. El primero y el último. Apártese de esto y nos olvidaremos de su existencia. Atrévase a seguir metiendo las narices y hará compañía a la negra en el infierno. ¿O es que hay infiernos separados para blancos y negros?

—Oiga, yo quiero...

Con una carcajada final, el otro cortó la comunicación.

A la mañana siguiente, después de una inquieta y dolorosa duermevela, Willy estableció un mínimo plan de acción. Por supuesto que estaba decidido a llegar hasta el final del caso —o hasta su propio final, si era necesario—, porque, a su odio a los traficantes de droga, se unía el tremendo dolor y la creciente sensación de culpabilidad por la horrible e inicua muerte de Bella.

Iba a seguir adelante a pesar de la amenaza, pero no iba a suicidarse. El valor de Willy era del tipo inteligente, no del tipo inconsciente. Y los enemigos a los que se enfrentaba eran lo suficientemente poderosos para que se viera obligado a extremar las precauciones.

Porque desconocía el alcance de las ramificaciones de la banda de traficantes encabezada por *El Dandy*. Unas ramificaciones que podían llegar incluso hasta la misma Brigada de Narcóticos...

Improbable, pero no imposible. Era difícil imaginar al capitán Fergusson o al teniente Mathieson envueltos en el tráfico, pero cosas peores se habían visto. Y no eran ellos los únicos que integraban la Brigada. Podía ser González o Buller o Richardson. Uno solo, aunque no fuera un jefe, podía informar de casi todo lo que ocurría.

Si así era, si alguien en la Brigada estaba complicado con *El Dandy*, su teléfono podía estar pinchado. No porque él fuera de temer para la banda, sino porque esos tipos no dejan cabos sueltos.

Salió a la calle y compró las últimas ediciones de varios periódicos. En el bar de la esquina pidió un par de donuts y un café, y recorrió nerviosamente las páginas de los diarios.

Ninguno de ellos mencionaba el asesinato de Bella, cosa que no le sorprendió demasiado. No era probable que dejaran tirado el cadáver en el callejón para que la policía empezara a husmear por los alrededores de Tonight. Casi se arrepintió de no haber comunicado su descubrimiento a Richardson. Pero no, decidió de inmediato, era mejor así. Que los asesinos se creyeran inmunes, eso les haría sentirse totalmente seguros y los llevaría a cometer errores.

Pero tendría que hacer la llamada que había previsto. Consultó la hora en su reloj de pulsera: las ocho menos diez. Rita aún estaría en su casa. Y él había anotado el número en su agenda una vez que la chica había demostrado especial interés en que lo hiciera.

Mientras se encaminaba a la pequeña cabina situada en el interior del local, pensó vagamente que era una pena que la primera vez que la llamara fuera por tan poco románticos motivos.

—¿Rita?

—Soy su tía, ¿quién le habla?

—Soy... —extremar las precauciones—. Un compañero de la Brigada.

—Un segundo.

No más de un segundo tardó en oírse la siempre infantilmente excitada voz de la chica.

—¿Sí?

—Oye, Rita, soy Willy.

—Willy...

La excitación pareció derretirse.

—Escucha. Estoy metido en un lío.

—¿Te ha... pasado algo?

—No, pero puede pasarme. Necesito tu ayuda.

—Sabes que cualquier cosa que pueda hacer...

—Gracias. Como supondrás, se trata de los traficantes de drogas. Tengo motivos para creer que una de mis informantes ha sido asesinada. Se trata de una mujer negra, de unos veinticinco años, llamada o conocida por el nombre de Bella, ignoro su apellido, y que ejercía la prostitución en el Village.

—¿Qué quieres saber de ella?

—De ella nada. Quiero saber si hay noticias en la Brigada o en Jefatura de que haya sido asesinada y, si es así, por qué suponen que lo ha sido. Y otra cosa: Quisiera que me tuvieras al tanto de la investigación. En especial lo relacionado con Tonight. Ya sabes, el local...

—Sí, ya sé. Quédate tranquilo, me informaré de todo y a mediodía, cuando salga a comer, te telefonaré a tu casa.

—No, no lo hagas, el teléfono puede estar pinchado...

—¿Tan grave es la cosa? —Había hecho su aparición el temor en la voz de Rita.

—Puede llegar a serlo —evadió él—. Llámame al número... —Le dió el que figuraba en el disco del teléfono—. Y hazlo desde la cafetería, no desde la Brigada.

—Descuida. Te llamaré a las doce y cuarenta y cinco.

—Aquí estaré. Y gracias —concluyó tras una brevísima pausa.

—No... No tienes por qué darlas —respondió atropelladamente ella.

Y Willy se la imaginó ruborizándose.

—Buenas tardes, ¿me puede poner con el señor Garver?

—Sí, Rita, soy yo. Estaba esperando tu llamada.

—Ah, bien. ¿Estás bien?

—Sí, sí, estoy bien. ¿Has podido averiguar algo?

—Nadie habló de la muchacha asesinada, ni ha aparecido en la información del día. En cuanto a la investigación, no ha avanzado nada. Ninguno de los que vigilan Tonight ha visto nunca a *El Dandy*. Aunque el consumo de heroína sigue aumentando en toda la ciudad, y ayer mismo murió una chica por sobredosis, nada vincula al tráfico con el local, aunque siguen vigilándolo. Y eso es todo, Willy. Lamento no haberte sido de más utilidad.

—Me has sido muy útil. Y lo seguirás siendo.

—Willy, me gustaría... ¿Quieres que nos veamos esta tarde?

—No, Rita. No debemos vernos. No quiero que por mi culpa te ocurra... —Iba a decir lo que le sucedió a Bella, pero se corrigió—. No quiero que te ocurra nada malo.

—Pero tú...

—Yo sé cuidarme, quédate tranquila. Seguiré necesitando tu ayuda, así que volveré a llamarte a tu casa. Por cierto, ¿es tu casa o la de tu tía?

—Ya te he dicho que mis padres viven en Oregon —la voz sonaba un tanto dolorida—. Yo vivo con mi tía, que es soltera y jubilada. Pero todo esto ya te lo había contado.

—Sí, sí, claro. Es que en estos días tengo un cacao mental...

Volvió a la mesa en la que acababa de comer un par de hamburguesas con huevos fritos, y pidió un café. La tentación de un buen cigarrillo le acosaba, pero logró resistir mientras bebía la caliente y fuerte bebida.

El plan que se había forjado estaba fallando desde sus inicios. Había esperado más información de Rita. Algún indicio que le permitiera saber en qué dirección se encaminaban las investigaciones para adelantarse a sus compañeros, gracias al mejor conocimiento del caso que tenía. No le guiaba el despecho, al querer demostrar que era mejor que los otros, sino un innato

sentido de la justicia sumado al deseo de vengar a la pobre Bella, de cuya muerte seguía sintiéndose responsable.

Tras unos minutos de reflexión concluyó en que lo único que podía hacer era volver a vigilar Tonight, a la espera de que ocurriera algo. Esto no satisfacía en absoluto su necesidad de acción, pero no se le ocurría nada mejor. Pero era sólo la una y cuarto de la tarde y hasta las seis o las siete era inútil plantarse ante la puerta del local.

Si todo se centraba en *El Dandy*, pensó que sería útil conocer todo lo posible sobre el personaje. Inútil pedir que lo dejaran consultar los archivos de Jefatura, así que decidió pasarse la tarde en los super modernos y super completos archivos del *New York Times*.

Como le sobraba tiempo y el frío exigía movimiento, fue andando hasta el edificio del gran periódico.

Al minuto de empezar a caminar, el sexto sentido que todo auténtico policía tiene le advirtió que estaba siendo seguido. No le sorprendió en absoluto; era lo que esperaba que sucediera.

Cuando, cuatro horas después de haber entrado, salió del *New York Times*, sabía todo lo que podía saberse sobre Anthony Lobato, alias *Tony*, alias *Il Cappo*, alias *El Dandy*, nacido en el Bronx el siete de diciembre de 1933, de padre mafioso y madre sus labores; no completó el período de instrucción obligatoria; procesado por primera vez en 1951 por tenencia ilícita de arma y sospecha de haber participado en un ajuste de cuentas mafioso que costó la vida a dos tipos, condenado a tres meses de prisión menor por no habersele podido probar dicha participación; procesado tres veces más hasta 1984 por evasión de impuestos, tráfico de drogas, prostitución y un largo etcétera de delitos conexos; siempre declarado inocente por falta de pruebas.

Utilizando el antiquísimo truco del escaparate, Willy pudo comprobar que quien le seguía era un flaco del tipo llamado escurridizo. Bien, ya sabía a qué atenerse. Y no sería difícil deshacerse de él, ahora que lo conocía.

Se disponía a cruzar Madison Avenue cuando el semáforo cambió a rojo. Esperó pacientemente y, cuando volvió el verde, cruzó el primero.

Una especie de rugido monstruoso se oyó a su izquierda y él,

instintivamente, dio un salto atrás conservando el equilibrio gracias a la masa de gente que venía tras él. Un bólido de color rojo pasó rugiendo a centímetros de su cuerpo y se perdió en las primeras sombras de la tarde antes que pudiera tomar nota de la matrícula.

—¡Qué asesino!

—¡Ni que hubiera querido matarle!

Willy agradeció con oportunas sonrisas las muestras de solidaridad, y cruzó por fin la avenida. Pero ahora iba preocupado. No por el atentado en sí, sino porque hubiera ocurrido tan pronto.

Él no había hecho nada que transluciera sus intenciones de seguir investigando, ¿por qué, entonces, habían intentado matarle en plena Madison Avenue?

Mal que le pesara, la respuesta era una sola: Porque la banda estaba al tanto de su conversación con Rita y de las investigaciones de ésta.

Y eso significaba que alguien en la Brigada pasaba información o algo peor a los traficantes.

Engulló sin ganas unos trozos de *pizza* y una cerveza en una pizzería italiana que conocía muy bien. No había entrado en ella por la calidad de sus comidas sino porque, desde un patio situado tras los lavabos, podía salirse a una calle transversal.

Así lo hizo, comprobando que había despistado a su escurridizo seguidor.

Durante un par de horas vagó sin rumbo por las calles cada vez más frías y menos concurridas. A las ocho y media, juzgó llegado el momento de encaminar sus pasos hacia Tonight. Una gran impaciencia le obligaba a acelerar el paso. Después del intento de asesinato de horas antes, era evidente que los sucesos se precipitaban y su necesidad de acción podría quedar satisfecha.

Pero él no dejaría a los enemigos la iniciativa. Esta vez no se iba a limitar a vigilar la puerta del *pub* en espera de ver entrar o salir a *El Dandy*. Esta vez iba a desentrañar de una vez por todas el misterio del callejón.

Alrededor de las nueve llegó a la calle de Tonight. Un rápido y efectivo recorrido visual le llevó a descubrir que era Dobson, un chico nuevo, el encargado de la vigilancia esa noche. Eso era una buena noticia porque sería más fácil pasar inadvertido ante él que ante Richardson o González. De todos modos, el chico estaba

metido en su coche, vigilando la entrada desde el lado opuesto al callejón.

Sin perder tiempo en más averiguaciones, dobló la esquina y volvió a doblar, encontrándose entre las sombras conocidas. Con su 7,65 en el bolsillo, se sentía más seguro, aunque no juzgó necesario empuñarlo.

En absoluto silencio avanzó lentamente por la estrecha e irregular acera situada callejón por medio de los fondos de Tonight. Cuando calculó que estaría frente a ellos, se detuvo y escudriñó en la oscuridad que no era tan intensa como otras noches porque la luna brillaba en un cielo sin nubes.

Vio una puerta muy pequeña en medio de un sólido muro de cemento sin ventanas. La puerta era metálica y con una mirilla en su parte superior. No parecía de las que se abren fácilmente sin consentimiento de sus propietarios. Willy ahogó una maldición porque tenía que atravesar esa puerta.

Y entonces un disparo sonó en alguna parte y la fuerza del impacto lanzó al muchacho contra la pared que estaba a sus espaldas.

CAPÍTULO V

«Estoy vivo», fue lo primero que pensó Willy, mientras se dejaba caer sentado sobre la acera porque el mareo y las náuseas lo vencían. Un segundo disparo sonó sobre su cabeza y eso le dio ánimos. Quería decir que ahora no le veían. La bala le había dado en el brazo izquierdo, junto a la articulación del hombro. Una cálida humedad le corría por el brazo y goteaba sobre la acera. Estaba perdiendo mucha sangre. Le habían enseñado lo bastante sobre heridas para saber que se desangraría en poco tiempo si no tomaba las medidas del caso.

Con su mano derecha podía sacar su pistola, pero de poco le iba a servir ya que su invisible enemigo disparaba seguramente a través de la mirilla de la puerta blindada. Eso le restaba visibilidad y ángulo de tiro, pero lo hacía prácticamente invulnerable. Y la sangre seguía emanando.

Pero la luna había sido cubierta por una masa de nubes y la oscuridad en el callejón era ahora casi total; esperando que su agresor no le viese y que Dobson, el chico nuevo, se atuviera a sus órdenes y no abandonara la vigilancia de Tonight para ver lo que ocurría a sus espaldas, comenzó a avanzar en cuclillas en dirección a la salida. Aún sonó un último disparo, pero absolutamente inútil.

Cuando alcanzó la calle y se enderezó el mareo volvió a apoderarse de él. Pero ahora no era el *shock* producido por el impacto, sino la primera consecuencia de la pérdida de sangre, que seguía goteando por su mano inmóvil. Abriéndose el abrigo y la chaqueta, aplicó el pañuelo sobre el lugar en que calculó estaría la herida. No era mucho, pero quería evitar a toda costa atraer la atención sobre su persona. Dobson, según pudo comprobar con una rápida ojeada, seguía en el interior de su coche, aunque asomando una inquieta cabeza por la ventanilla. Pero podía ocurrírsele echar una ojeada por los alrededores, así como su invisible atacante podía

decidir salir a campo abierto. Y su herida, aunque no parecía grave, requería atención urgente.

Tenía que irse, pero ¿adónde? No a un hospital, desde luego. No se necesita ser policía para saber que las heridas de bala son de denuncia obligatoria. Lo mismo valía para los médicos privados. Y en cuanto a ir a su propia casa, era inútil porque allí sólo vivía su vieja patrona que no haría otra cosa que chillar y alarmar a los vecinos al ver su herida. Y más aún: Ahora que, sin la menor duda, *El Dandy* y su banda se había decidido a matarlo, era estúpido suponer que no tuvieran vigilada su casa.

Una vez más, Rita surgía como la única posibilidad.

A la luz de una farola próxima, vio cómo se ensanchaba el charco de sangre formado junto a su pie izquierdo. Y el mareo se posesionaba de él. No había tiempo para dudas. Para acabar de decidirlo, un taxi quedó libre a veinte metros de él.

—Lo siento, jefe. Se ha escapado. Lo he herido, estoy seguro...

—¡Idiota! ¡Todos sois unos idiotas! Dos veces habéis fallado hoy. ¡Un solo hombre puede con todos vosotros!

—Escuche, jefe...

—¡Escucha tú, imbécil! Hay que acabar con ese tipo y hay que acabar de una vez por todas. Así que...

—Estoy seguro de haberlo herido, jefe. Y lo hubiera rematado fácilmente de no tener la orden de quedarme dentro.

—De ninguna manera ese tipo o cualquier otro puede entrar aquí. Pero si estaba herido, pudiste salir y rematarlo.

—Las órdenes que usted me dio...

—¡Eso es lo que os convierte en inútiles idiotas! ¡El no saber cuándo debe uno pasar de una orden! Yo siempre lo supe, y por eso llegué hasta donde llegué. Pero vosotros... En fin, no hay tiempo ni siquiera para deciros lo que sois. ¿Estás seguro que lo has herido?

—Johnny vio las manchas de sangre. El tipo siguió hasta la calle, se detuvo unos minutos y cogió un taxi o alguien lo recogió en su coche, porque él había venido andando. La herida no debe ser grave, pero perdió bastante sangre.

—Bueno, eso es algo. No tiene más remedio que haber ido a hacerse curar la herida. Y no ha ido a un hospital. Puede tener algún médico amigo y haber recurrido a él; si es así, tendremos que esperar a que vuelva a dar la cara. Pero, como el tiempo urge, no

nos vamos a quedar quietos. ¿Quién vigila su casa?

—*El Chino*.

—Ése no es tonto. Y sabe usar el gatillo. No se le escapará, si aparece por ahí. Aunque supongo que será lo suficientemente listo para no ir. Le quedan muy pocos lugares, si no dispone de un médico amigo... ¡Un momento! Está la chica, la policía. ¿Tenemos su dirección?

—Claro que sí, jefe. Usted nos dijo...

—Ahórrate las explicaciones. Tú y Giuseppe idos allí. No quiero violencias inútiles, sólo si estáis seguros que Garver se oculta allí entrad en acción. En ese caso, no me importa que matéis a una docena de tipos que no tienen nada que ver, siempre que no se os escape Garver.

—Descuide, jefe. No se nos escapará.

—¡Willy! No te esperaba...

—Perdóname. Estoy... Estoy en dificultades, Rita.

—Has hecho bien... ¡Pero estás herido!

—Sí, ésa es, de momento, mi principal dificultad.

—¡Pasa, pasa! Llamaré a mi tía.

Se sentía desfallecer, pero tuvo fuerzas para ser cortés.

—No la molestes. Con una venda...

Con evidente incongruencia, dadas las circunstancias, Rita casi rió.

—¿Que no la moleste, dices? ¡Pero si ella por nada del mundo se perdería esto!

Con ojos que empezaban a nublarse, Willy la interrogó.

—¿Qué... qué quieres decir?

—Ya sabes que es enfermera.

—No, no lo sabía.

—Lo sabías, pero lo olvidaste. Pasó veinte años en el Servicio de Cirugía hasta que se jubiló, hace dos años. ¿Crees que no va a saber curar tu herida?

Willy vio ante él un sofá y se dejó caer sobre él.

—Creo que he venido al lugar adecuado —murmuró, antes de perder el conocimiento.

—¡Willy! —Se asustó la chica, inclinándose sobre él.

—Déjalo de mi cuenta —dijo una conocida voz a sus espaldas.

Con manos hábiles, y tratando de ocasionar el mínimo de

molestias al herido, la enfermera lo despojó de las ropas que lo cubrían de cintura para arriba.

—Nada grave —dijo satisfecha, cuando tuvo la herida ante sus ojos—. La bala entró y salió destrozando tejido muscular, arteriolas y venas, pero sin afectar el hueso ni arteria o vena humeral. De haber sido así...

No completó su obvia frase, saliendo presurosa del salón, para volver al cabo de un minuto con las manos llenas de vendas y una caja de cirugía bajo el brazo.

—Trae una palangana con agua tibia —pidió a su sobrina.

En poco más de diez minutos estuvo desinfectada la región, contenida la hemorragia y perfectamente vendada la herida, incluido el correspondiente cabestrillo. La tía se incorporó, mirando satisfecha al todavía dormido Willy.

—Bien —dijo—, pasó el peligro. Le aplicaré antibióticos durante unos días para prevenir posibles infecciones, desde luego, pero ahora sólo falta reanimarlo.

—¿Cómo? —Se inquietó Rita.

La tía la miró entre divertida y fastidiada.

—Chica, qué poca imaginación tienes —la reconvino—. Claro que lo ideal sería una transfusión pero, a falta de sangre, le transfundiremos buen *whisky* escocés.

Se llevó todo su instrumental y volvió de inmediato sin él, con las manos limpias de sangre y una botella de Johnny Walker y un vaso en ellas.

Al tercer sorbo metido a la fuerza entre sus labios, Willy entreabrió los ojos.

—¿Dónde estoy? —murmuró.

—Tu amiguito no es muy original. Dijo lo mismo que dicen todos al despertar —dijo la tía, incorporándose y guiñando un ojo a su sobrina—. Es todo tuyo, suerte —concluyó, mientras se alejaba hacia su tibia cama.

—Willy, soy yo...

—Rita... —Abrió del todo los ojos y los fijó en ella, arrodillada a su lado—. Sí, ahora recuerdo. La herida en el brazo, la sangre que he perdido... —Se miró el brazo y logró sonreír—. Tu tía... Me dijiste que es enfermera. Ha hecho un buen trabajo.

También Rita sonrió, feliz ahora de ver la rápida recuperación

del muchacho.

—Mi tía todo lo hace bien —dijo—. De haberse casado, habría sido la mejor esposa y madre, pero, como eso no pudo ser, se conformó con ser la mejor enfermera.

—Quiero agradecerle... —Willy insinuó un movimiento para incorporarse, pero ella le puso la palma de su mano en el pecho.

—Quieto —dijo—. ¿Estás cómodo?

Le habían cubierto con mantas y puesto una almohada bajo su cabeza, el sofá era amplio y mullido. Willy miró todo eso y sonrió.

—¿Cómo podría no estarlo?

—Entonces pasaras aquí la noche. Claro que podrías dormir en mi cama pero mi tía dice que cuanto menos te muevas, mejor será. Durante unos días te aplicará inyecciones de anti... —se interrumpió ante la mirada del muchacho—. ¿Qué ocurre? —preguntó.

Willy volvió a la realidad.

—¿Es posible que te haya mirado tantas veces sin verte nunca? —preguntó, más para sí mismo que para la emocionada Rita.

—Bueno, yo...

—No digas nada. He sido un idiota. Y lo hubiera seguido siendo, de no haber pasado las cosas que están pasando. Si no fuera por el brutal e inútil asesinato de la pobre Bella, casi me alegraría por todo lo ocurrido. Porque gracias a todo eso, por fin he conseguido verte.

—Yo siempre...

—Te lo repito: No digas nada.

La atrajo hacia sí con la mano sana y los dos se confundieron en un beso, con el que Rita venía soñando desde mucho tiempo atrás.

—¡Mira, Giuseppe, manchas de sangre!

—¡Hemos dado con él! ¡Ahora el jefe no podrá seguir llamándonos idiotas!

—Siempre que no se nos escape.

—Pierde cuidado, no se nos escapará. ¿En qué piso vive la chica?

—En el tercero.

—Estos edificios viejos suelen tener una escalera de incendios que dan a un patio o a una calle posterior. Vamos a verlo.

—Tenías razón. Hay una escalera de incendios.

—Bien, tú quédate aquí y mátalos si intenta escapar por aquí. Yo entraré en el piso.

—¿Cómo?

—¿Te burlas? ¿Acaso va a ser la primera vez que entro en una casa sin permiso de sus dueños?

La pérdida de sangre, la fatiga, también la generosa ración de *whisky* consumida, empezaban a hacer efecto en Willy, que ahora sentía cerrársele los ojos. Rita se desprendió del brazo que la mantenía junto al pecho del muchacho y se puso de pie.

—Te dejo dormir —susurró.

—¿Te vas? —dijo él, abriendo los ojos.

—Sólo hasta ese sillón —señaló uno enfrente al sofá.

—Nada de eso, vete a dormir a tu cama. Ya me gustaría a mí compartirla contigo.

—Hay un tiempo para cada cosa —sonrió ella, agregando—: Ahora es tiempo de velar.

—¿Mi dulce sueño?

—Tu herida.

—Mi herida está perfectamente y lo seguirá estando. Vete a tu cama.

—¿Sólo por habernos besado ya te crees con derecho a darme órdenes? —sonrió ella.

Él iba a responder adecuadamente, cuando un ligerísimo ruido, que sólo sus entrenados oídos podían captar, le hizo callar y pedir silencio a Rita con un nervioso gesto. Apartando las mantas que lo cubrían, se puso de pie.

—¿Qué haces? —susurró alarmada la chica en su oído.

—Alguien está «trabajando» la puerta —respondió él en la misma forma.

Estaba desnudo de la cintura para arriba, así que se echó encima el abrigo, que había quedado sobre un sillón, y se calzó los zapatos en los pies cubiertos por los calcetines. Después extrajo la pistola que seguía estando en el bolsillo de su pantalón.

—Apaga las luces y vete a tu dormitorio —susurró a Rita.

—Ni hablar. Me quedo contigo.

—No seas idiota. Ve y alerta a tu tía. Quédate con ella en su dormitorio.

—Escucha, William Garver: Yo también soy policía y sé manejar

un arma. Y tengo licencia para hacerlo.

—Guárdate tus ironías feministas para mejor ocasión. Detrás de esa puerta hay asesinos. Vienen a por mí, pero se cargarán a quienes se pongan delante. Ya ha muerto Bella por mi culpa, no quiero que tú y tu tía engrasen la lista.

—Tú no estás en condiciones...

—Yo estoy en condiciones de darte un puntapié en el bonito trasero que tienes, si no haces ya mismo lo que te he dicho.

—¡Machista! —protestó ella en un susurro, pero se fue, apagando las luces al pasar junto al interruptor.

En cuclillas tras un sillón, y acostumbrando los ojos a la penumbra que ahora reinaba, y que no llegaba a ser oscuridad total por la luz que se filtraba tras los visillos de las ventanas, provenientes de las farolas y los anuncios luminosos de la calle, Willy esperó pistola en mano.

La puerta no tardó en abrirse y la figura de un hombre se perfiló nítidamente contra la débil luz del rellano. Para Willy era un desconocido, pero eso era lo menos importante.

Podía matarlo con absoluta seguridad, pero él no era de los que matan en frío. Por otra parte, no creía que hubiera venido solo y esperó a ver aparecer algún cómplice. Pero eso no se produjo. El tipo, revólver en mano, entró y cerró la puerta a sus espaldas. Su cautela y el piso enmoquetado ahogaban todo ruido. Willy le dejaba hacer, esperando que se acercara lo suficiente para caer sobre él y reducirlo, sin darle tiempo a utilizar su arma.

Duke Wallace no era un tipo listo. Y tampoco era un tipo de suerte. Lo llamaban *Duke* sólo porque ése era el nombre de un perro que tuviera cuando niño. A la muerte del perro, el tipo que por esos días vivía con su madre decidió trasladarle el nombre a él. «A ver si así llegas a ser algún día tan inteligente como el muerto», había dicho.

En la banda de *El Dandy* había logrado entrar porque era rápido con el gatillo y no fallaba un tiro a muchos metros de distancia, pero todos lo consideraban un inútil para todo lo que no fuera precisamente eso: apretar el gatillo.

Y ahora el jefe había dicho que había que saber cuándo desobedecer una orden. Giuseppe le había dicho que vigilara la escalera de incendios, pero él llevaba allí mucho tiempo y nada

ocurría. Demasiado tiempo... ¿Y si Giuseppe había caído en una trampa? No era ningún tonto el expolicía ése. Herido y todo...

Si *El Duke*, sin que nadie se lo hubiera ordenado, subía por esa escalera, entraba en el piso por donde nadie esperaba que entrara y mataba a Garver, el jefe no volvería a llamarlo idiota y sus compañeros a burlarse de él. Incluso recibiría una buena pasta, como era costumbre en esos casos.

Sí, eso es lo que haría.

En el momento en que Willy contemplaba los lentos avances de Giuseppe, su compinche pasaba de la escalera a un tendedero y de éste a la cocina. Más allá, un corredor iluminado y varias puertas. Una abierta, la del comedor. No había nadie allí. Cerrada la siguiente; la abrió para comprobar que nadie había en ella.

Y una tercera.

La abrió muy lentamente, con la pistola apuntando al frente. La habitación estaba a oscuras, pero algo le dijo que no estaba vacía. Y tenía razón.

—¿Willy? —murmuró una voz de mujer.

Momentáneamente desconcertado, *Duke* apunto a la voz, aunque sin decidirse a disparar. Estaba nervioso, sin saber qué hacer. Empezaba a lamentarse por haber entrado en el piso y hasta hizo instintivamente un paso atrás. Aún sostenía el picaporte de la puerta con su mano izquierda. Allí había mujeres, sería mejor irse.

Entonces el *clic* de una pistola al ser preparada para disparar llegó hasta sus oídos desde el interior de la habitación. Sobre todo otro sentimiento, privó en él su instinto de pistolero. Matar para no morir. Disparar primero. Ésas eran las cosas que él sabía.

Apretó el gatillo y siguió apretándolo a pesar de que un grito de agonía hizo eco a su primer disparo.

Siguió apretando el gatillo hasta que una bala destrozó el hueso frontal y penetró en su cerebro, que seguramente no tendría demasiadas circunvalaciones.

En el silencio del piso y de la noche, los disparos sonaron como cañonazos. Tanto Giuseppe como Willy se tensaron al oírlos. Para el muchacho, a la sorpresa se sumó el terror de que algo hubiera ocurrido a Rita y a su tía. Y de inmediato, el grito de agonía emitido por una garganta de mujer, confirmó sus peores temores. Fuera de sí, se incorporó de un salto.

—¡Las manos arriba! —vociferó, apuntando al otro, que se había inmovilizado al oír los tiros.

Pero el bandido también estaba acostumbrado a tirar primero. A no caer en la trampa de rendirse, que sólo conducía a ser torturado y por fin muerto.

Apretó el gatillo.

Lo mismo hizo Willy, pero con una decisiva diferencia: el veía el blanco.

Dos balas en el corazón fueron más que suficientes para acabar con la vida de Giuseppe Guardino. Una vida de la que la sociedad podía prescindir tranquilamente, ya que más tranquilamente iba a vivir con Giuseppe muerto que con Giuseppe vivo.

Saltando por encima del cadáver, Willy se precipitó hacia las habitaciones. Una pierna de *Duke* que sobresalía del vano de una puerta le guió hasta la de la tía de Rita.

Allí estaba ahora encendida la lámpara de una mesilla de noche, y a su luz Willy pudo contemplar un patético cuadro.

En los brazos de una convulsa Rita, su tía agonizaba, tendida en la cama.

—Por mí... Lo hizo por mí... —sollozaba la chica.

Willy no podía saber si era consciente de su presencia. Se acercó a ella y la obligó a separarse de la anciana. Miró la herida en el pecho y se convenció que era mortal de necesidad. Abriendo los ojos, la tía lo miró.

—Váyase —articuló.

—Voy a llamar a una ambulancia —dijo Willy, comenzando a alejarse en busca de un teléfono.

Pero ella logró aferrarlo por el abrigo, que casi cayó de los hombros del muchacho.

—No —dijo, reuniendo sus últimas fuerzas—. Es inútil. Me muero. Y usted debe irse de aquí, Rita le acompañará.

—Debió haber escuchado el ruido de la pistola... —decía Rita sin hablar a nadie en particular—. Nosotras lo veíamos... Cuando fue a disparar tía Bárbara me cubrió con su cuerpo.

—Váyanse —casi gritó la anciana, y cayó hacia atrás su cabeza, con los ojos desmesuradamente abiertos.

Con una mirada en la que el dolor, el cariño y el odio se mezclaban en idénticas proporciones, Willy los cerró suavemente.

—Vámonos de aquí —dijo Rita—. Los vecinos ya habrán llamado a la policía y nosotros no podemos perder tiempo en interrogatorios. Tenemos mucho que hacer esta noche.

CAPÍTULO VI

Encontraron un *drugstore* abierto a dos manzanas de la casa de Rita.

—Necesitamos café y necesitamos hablar —dijo Willy, sosteniendo la puerta de cristal para que entrara la chica.

Él había logrado ponerse la camisa, chaqueta y abrigo sobre el vendaje, y su aspecto era casi normal. En cuanto a Rita, estaba llorando, pero eso no llamaba la atención de nadie en la noche neoyorquina.

Los cafés, dobles y muy fuertes, como los pidiera Willy, hicieron su efecto. Él se sintió más relajado y dispuesto a la atención, y ella dejó de llorar y le miró expectante.

—Hay algo que es imprescindible que sepa —empezó el muchacho—. ¿Quién, en la Brigada quiero decir, se enteró de que estabas haciendo averiguaciones para mí?

El rostro de Rita pasó del dolor a la sorpresa.

—Yo no conté a nadie...

Él la detuvo con un gesto de su mano.

—Estoy seguro que no lo hiciste, pero que los bandidos intentaran matarme en Madison Avenue, cuando ignoraban si yo continuaría la caza, es para, mí un motivo suficiente para creer que estaban al tanto del pedido que te hiciera. Ningún mafioso mata porque sí a un policía... aunque sea un expolicía.

—Pero yo no dije...

—No es necesario que dijeras lo que estabas haciendo. Todos en la Brigada sabían que tú... Bueno, que yo...

—Todos en la Brigada sabían que estaba loca por ti —aclaró ella, con un atisbo de sonrisa en su bello rostro desfigurado por el dolor.

—Si quieres decirlo de esa manera. Así que quien te viera buscando información sobre el caso no necesitaría más que sumar

dos y dos. Trata de recordar, ¿quién pudo haberte visto?

Ella frunció el ceño en un desesperado intento por barrer de su mente el lacerante recuerdo del cadáver de su tía, que ahora estaría en manos de fotógrafos, forenses y camilleros, y poder recordar. Tras un instante de tenso silencio, miró de frente a Willy.

—Varios me vieron en el archivo, aparte de los que fui a ver para sacar información, claro.

—¿A quiénes pediste información?

—A Richardson y a González, pero hablé en tono casual y ellos mismos fueron los que sacaron el tema.

—Los conozco muy bien. Aunque no puede descartarse a nadie como sospechoso, ellos son los últimos de quienes podría desconfiar. ¿Quiénes te vieron en el archivo?

—Entró y salió bastante gente mientras estuve allí, pero sólo una se acercó a mí y me habló.

—Y vio lo que estabas consultando.

—Sí... Supongo que sí.

—¿Quién era?

—Agnes Weir.

—¿La de secretaría?

—Sí.

—¿Sabes dónde vive?

—Sí.

—Vamos.

—¿A su casa? ¿A estas horas? Pero esa chica no...

Willy ya estaba de pie.

—Esa chica puede o no ser el eslabón que buscamos, pero es nuestra única pista. Y no estoy dispuesto a perder más tiempo.

Mirándole con aprensión, Rita se levantó y le siguió a la calle. Había una parada de taxis a cien metros, y un adormilado chófer esperando clientes dentro de su coche. La chica dio la dirección.

Era un lujoso edificio de apartamentos, cerca de la Quinta Avenida.

—¿Tanto gana Agnes como secretaria? —comentó Willy contemplándolo.

Rita oprimió un botón del tablero eléctrico. Como era previsible, durante un interminable lapso de tiempo nadie contestó a la llamada.

—Vuelve a llamar.

—Puede que no esté.

—Puede, pero antes de irnos despertaremos a todo el edificio.

No fue necesario. A la tercera llamada una voz somnolienta se hizo oír.

—¿Quién es?

—Agnes, soy Rita.

—¿Quién?

—Rita. Rita Sawyer, de la Brigada.

—Ah, tú. ¿Qué ocurre?

—Me envía Ferguson. Un mensaje.

—Sube.

Que el capitán enviara a un subordinado pasada la medianoche para llevar un mensaje era improbable pero no imposible.

Agnes, una muchacha de opulentas formas y falsamente rubia cabellera, que no se había cuidado de cerrar la delantera de su bata, por lo que sus muslos y sus bragas ofrecían un bello espectáculo al visitante, se sobresaltó al ver a Willy junto a Rita.

—No me dijiste que...

—Garver quiere hacerte unas preguntas.

Intentó cerrar la puerta, pero el muchacho había previsto tal cosa y tenía su pie en posición adecuada.

—Las cosas se han puesto feas, Agnes —dijo, en tanto la aludida seguía intentando cerrar la puerta—. Será mejor que nos dejes por las buenas.

Ahora los dos visitantes estaban seguros de haber hallado la pista que buscaban. Cerrándose maquinalmente los pliegues de la bata, Agnes se hizo a un lado para dejarlos pasar.

—¿Qué queréis? Tengo que dormir.

—Cuanto antes hables, antes podrás dormir. ¿Estás sola?

—¿Y a ti qué te importa?

Willy estaba furioso, herido, dolorido física y espiritualmente y a esas alturas desconfiaba hasta de su sombra. Ante el miedo de Agnes y la sorpresa de Rita, extrajo su pistola del bolsillo y, con ella en la mano, se dirigió a grandes zancadas hacia la puerta cerrada que estaba junto a la entrada.

Se encontró en una pequeña, casi minúscula cocina, a la que seguía un metro cuadrado de lavadero y tendedero. Nadie había

allí.

Volvió al salón comedor, en el que las dos muchachas le contemplaban inmóviles y silenciosas, y atravesó la puerta situada en el extremo opuesto de la no muy ancha pero larga estancia. Como lo suponía, se encontró en el único dormitorio del apartamento. Como también lo suponía, la cama era de matrimonio. No había nadie allí ni tampoco en el pequeño cuarto de baño al que se accedía directamente desde el dormitorio.

Pero en esta habitación halló algo inesperado. Sobre la cómoda, una fotografía con marco de plata. Agnes sin más atuendo que un bikini para resaltar anteriores y posteriores —en la foto sólo se veían los primeros—, pisando blancas arenas y con fondo de palmeras. No estaba sola. Junto a ella, sosteniéndola por el talle y luciendo una sonrisa y un bañador, estaba el teniente Mathieson.

El asunto podía o no tener importancia, pero era un detalle a tener en cuenta. Volvió al salón.

—¿Todo en orden? —se burló la dueña de la casa.

—De momento, sí —dijo Willy, guardando la pistola y sentándose en uno de los sillones que miraban a una librería en la que había un equipo estereofónico y un televisor.

—Tengo que dormir...

Con el índice. Willy le señaló el sillón que estaba junto a él.

—Siéntate —le dijo.

Pero ella creyó llegado el momento de resistir.

—¿Quién te crees tú que eres para venir a mi casa a estas horas y darme órdenes?

Y Willy creyó llegado el momento de poner la situación en claro.

No se levantó, no le dio una bofetada, ni siquiera alzó la voz al hablarle.

—Escucha. Agnes. Puede decirse que en el paso de pocas horas, han muerto dos personas muy queridas por mí. La primera fue, tú lo sabes. Bella, esa magnífica chica de color que era mi amiga. Y ahora, hace sólo minutos, ha muerto otra extraordinaria mujer, a la que yo quería muchísimo, aunque hace veinticuatro horas no la conocía. Las dos murieron por mi culpa, porque yo las mezclé en esto. Pero, claro está, no fui yo quien las mató. Y a esos asesinos es a los que quiero encontrar para que se lleven su merecido.

—¿Qué tengo que ver yo con todo eso? —Intentó gallear Agnes,

aunque ahora con poca convicción.

—No me gusta hablar a mujeres que están de pie cuando yo estoy sentado. Siéntate y te lo diré.

Con una mueca de desprecio, se sentó.

—Así me gusta. Ahora vamos al grano. Rita estuvo hojeando determinado *dossier* en el archivo de la Brigada, y tú la viste y viste de qué *dossier* se trataba. ¿A quién le contaste lo que habías visto?

Agnes se encogió de hombros, alargó la mano hasta una mesita baja sobre la que había una cajetilla de John Players y un mechero, cogió un cigarrillo, lo encendió y lanzó una andanada de humo en dirección a Willy.

Él la dejó hacer con absoluta calma, y cuando el humo empezaba a disiparse, volvió a la carga.

—Bien, Agnes, ya has demostrado que podrías trabajar en *Dallas*. Ahora contéstame a lo que te he preguntado.

Ella hizo un gesto de fastidio.

—Mira, Willy —dijo—, si esto ocurriera a las dos de la tarde podría resultar divertido, pero es la una de la madrugada y yo quiero irme a dormir, así que te diré lo que quieres saber. Efectivamente, vi a Rita en el archivo y hablé unas palabras con ella. No tengo idea de lo que estaba mirando, y por supuesto, no le hablé a nadie de ese encuentro ya que ninguna importancia tuvo. Y ahora, si me hacéis el favor...

Pero, de ser eso cierto, ¿por qué había intentado darles con la puerta en las narices cuando vio a Willy?

Willy hizo algo que veinticuatro horas antes no hubiera soñado hacer.

—¡Habla, maldita perra, o te mato! —gritó a la aterrada Agnes, apuntándole directamente al corazón con su pistola.

Rita contemplaba la escena con ojos desorbitados, pero sin intervenir.

Agnes, rompió a llorar desaforadamente. Lo que menos podía esperarse de ella.

—¡Yo no sé nada de nada! —empezó a chillar con voz ciertamente histérica—. ¡A mi déjenme tranquila, yo no he hecho mal a nadie! ¡Tengo derecho a vivir mi vida!

Entonces sí se decidió a intervenir Rita. Recordando lo que le enseñaran en la Escuela de Policía, dio dos fuertes y sonoras

bofetadas, una en cada mejilla de la falsa rubia. Como suele ocurrir en esos casos, el efecto fue inmediato. Agnes sacó un pañuelo de un bolsillo de la bata, se sonó la nariz, se secó las lágrimas y encendió otro cigarrillo.

—Habla —exigió Willy.

—No tengo nada que decir —la voz era ahora temblorosa.

El muchacho volvió a apuntarle, pero esta vez no al corazón, sino a la cara.

—Habla o te mato —repitió, con voz cuya aparente calma la hacía más temible que la anterior amenaza, dicha a gritos.

Al fin y al cabo, Agnes también era policía, y podía discernir cuando un tipo con una pistola hablaba en broma o en serio.

—Se lo dije a Bill... Al teniente Mathieson —articuló, con un hilo de voz.

Para Rita fue una tremenda sorpresa; para Willy, no. Por la foto, claro.

—De ti se encargará la justicia —dijo el muchacho, guardando la pistola en el bolsillo y poniéndose de pie—. De momento, puedes volver a tu lujosa cama en tu lujoso apartamento que con tu sueldo no puedes pagar. Yo no voy a dormir. Voy a ver al que paga todos estos lujos.

Cuando estuvieron en la calle Rita no perdió tiempo en preguntar:

—¿Por qué le dijiste que ibas a ver a Mathieson? Ahora le avisará.

—Ya lo habrá hecho o lo estará haciendo. Para eso se lo dije, para que lo llame y le transmita su miedo.

—Pero te estará esperando.

Mientras hacía señales a un taxi libre, Willy se echó a reír.

—Esperará en vano —dijo—. Porque no pienso ir a verle. Al menos, no ahora. No antes de tener pruebas concluyentes contra él. Y, cuando las tenga, tampoco iré a verle, iré directamente al capitán Ferguson o, mejor aún, al jefe superior de Policía.

—¿Adónde vamos ahora?

—A buscar esas pruebas concluyentes de que te hablaba.

Subieron al coche.

Willy dio la dirección de Tonight.

CAPÍTULO VII

Cien metros antes de llegar al local, Willy hizo detener el coche.

—Desde aquí iremos andando —dijo a Rita.

En la acera se puso a la izquierda de ella y rodeó su talle con el brazo sano, hundiendo literalmente la cabeza en el cuello de la chica.

—Seremos una pareja de apasionados del sexo —murmuró.

—¿Una representación dedicada al compañero de servicio ante Tonight? —sonrió ella.

—Dedicada al compañero de servicio, sí —matizó él—. Pero no exactamente una representación.

Rita contribuyó al acercamiento.

Pasaron junto a un coche aparcado con una figura solitaria en su interior.

—González —informó Willy a su compañera.

Las luces de neón seguían encendidas sobre la puerta de Tonight, lo que no era frecuente a esa hora.

—¿Entraremos? —susurró Rita.

—Mi intención era entrar solo...

—No pensaras dejarme en la calle con este frío.

—Oye. Rita, sabes muy bien...

—Sí, lo sé muy bien —sonrió ella—. Me lo enseñaron en la escuela de Policía: Las calles son peligrosas por la noche.

—También lo son algunos interiores.

—Pero tú estarás conmigo para defenderme.

Habían llegado ante la puerta, Willy tuvo que darse por vencido. Entraron los dos a un local vacío, excepto por el barman y un par de borrachos ante la barra.

—Estaba a punto de cerrar, señores.

A pesar de sus palabras, Willy miró al barman con simpatía. Bella había dicho de él que era un buen tipo.

—Cuando se vayan esos caballeros nos iremos nosotros —respondió, señalando a los borrachos.

Se sentaron ante una mesa próxima a la entrada. Tras un soplido poco respetuoso el barman se acercó a ellos.

—¿Qué van a tomar?

—¿Hay café hecho?

—Sí.

—Pues dos cafés. Y un *whisky* para mí.

—Que sean dos *whiskys*.

Willy miró sorprendido a Rita.

—Maldito machista —le espetó ella con una sonrisa.

Habían terminado los cafés y apuraban los *whiskys* cuando los borrachos, entre gritos de saludo y despedida, decidieron marcharse. El barman miró significativamente a sus ahora únicos parroquianos.

Como si fuera a pedirle lumbre o algo por el estilo, Willy se encaminó tranquilamente hacia la barra, pero no se enfrentó al propietario, que lo miraba con desconfianza, sino que siguió hasta el final y penetró tras ella.

—Eh, oiga —empezó a alarmarse el barman.

Cuando hubo terminado tan breve frase, ya tenía frente a él a Willy y a su pistola hundiéndose en su no escasa barriga.

—Escucha, Bert —susurró el muchacho—. Tengo entendido que eres un buen tipo y no deseo que me obligues a cambiar de opinión. No te conviene que cambie. Mejor dicho, te va la vida en que no cambie.

—¿Quién es usted? —preguntó el tipo con voz ronca.

—Podría presentarme de varias maneras, pero prefiero hacerlo diciéndote que soy un amigo de Bella.

—¿Bella?

—Sí, una chica negra a quien algunos llamarán furcia, pero para mí era simplemente una gran chica.

—Ah, sí, la chica que murió.

—La chica que mataron —precisó Willy—. La chica que mataron en este local.

Venciendo su visible miedo, el barman miró atentamente a Willy. Muy pronto un brillo de comprensión apareció en sus ojos.

—¡Usted es ese policía que...!

—Sí, yo soy «ese policía que» —se interrumpió el muchacho—. Pero eso ahora no tiene la menor importancia. Necesito que me contestes a un par de preguntas...

—Yo no sé nada.

—Tampoco sabes lo que te voy a preguntar. Empieza por dar llave a la puerta y correr las cortinas. Ah, y apagar el cartel luminoso. Pero todo sin abrir la puerta porque serías hombre muerto.

Willy aflojó la presión del cañón y el tipo, tras mirarlo dubitativo un par de segundos, sacudió la cabeza y se dispuso a hacer lo que se le ordenaba. Cuando todo estuvo hecho, se quedó inmóvil junto a la puerta, contemplando al muchacho.

—Ahora siéntate en nuestra mesa —invitó éste.

Sin dejar de apuntarle, fue él mismo hasta la mesa y se sentó. Aunque su cara seguía luciendo una expresión amable, su pistola seguía apuntando el barman, sólo que ahora al corazón.

—Dije que te haría un par de preguntas y puede que sólo te haga una. Porque lo de la banda, *El Dandy*, las drogas y todo eso, ya lo sé o puedo imaginármelo. Así que ahí va la pregunta: ¿cómo se entra al cuarto que está detrás del almacén?

—Yo no sé de ningún cuarto detrás del almacén.

Willy movió significativamente la pistola.

—Escucha, Bert —empezó con voz persuasiva—. ¿Te llamas Bert, verdad?

—Así me dicen.

—Bien. Como te decía antes, tengo entendido que eres un buen tipo. Y lo entiendo así porque Bella me lo dijo y ella conocía a los hombres. Así que quedamos en que eres un buen tipo que colabora con una banda de traficantes de drogas duras y otras cosas porque te han obligado a ello, porque secuestraron a tu anciana madre o porque creías que lo que vendían era bicarbonato de sosa. En fin, esas cosas pueden arreglarse ante un tribunal, y yo y la inspectora Sawyer aquí presente estaríamos dispuestos a testimoniar en tu favor, si tú nos ayudas ahora.

Después de asentir Rita a las palabras de Willy, los dos se quedaron callados, contemplando al barman. En el rostro de éste, la lucha que se libraba en su interior quedaba reflejada como en la pantalla de un televisor.

Willy esperó unos momentos y después dijo:

—No tienes elección, Bert. Yo puedo o no matarte ahora mismo, pero de lo que no te salvarás es de quince años a la sombra, y eso si no se te puede probar más que complicidad. De la otra manera, hablas y nosotros nos comprometemos a declarar en tu favor. No quiero engañarte diciendo que saldrás libre, pero te garantizo que no te echarán más de un año. Tú decides.

Del obstinado silencio, Bert pasó al torrente de palabras.

—Mi madre y uno de mis hermanos son drogadictos. Empezaron... Bueno, empezó mi madre, fumando hierba en el trabajo. Después mi padre la abandonó y se lió con un tipo que la aficionó a la heroína. Ya sabe lo que es eso. Cuando no pudo sacar más al fiado, empezó a robar. Nada grande, lo necesario para comprar la droga. Pero después fue Archi, mi hermano, el que cayó en el vicio. Entonces empezaron a robar en gran escala. En uno de esos robos... Bueno, pasó algo. Mi madre y mi hermano fueron a pedir protección al que les proveía, un hombre de *El Dandy*, que los llevó a éste. *El Dandy* se portó bien con ellos y...

—Y tu madre, tu hermano, el resto de tu familia y tú tendrán que pasarse el resto de sus vidas pagando ese favor —contempló Willy.

Bert asintió en silencio.

Con el cañón de la pistola, Willy le dio unos golpecitos en el brazo.

—Habla, chico —le aconsejó—. Dinos lo que queremos saber y se habrá acabado tu pesadilla. Ingresaremos a tu madre y a tu hermano en un centro de rehabilitación sin que nadie les haga preguntas. Y tú tendrás nuestra declaración favorable. Las cosas no te pueden ir mejor.

El barman negó con la cabeza.

—¿No se imagina lo que hace *El Dandy* con los que se chivan a la bofia? —preguntó.

—Sí, me lo imagino —concedió Willy—, pero, si tú quieres esta misma noche te vienes con nosotros y gozarás de protección total hasta la detención de toda la banda.

Pero el otro seguía negando con la cabeza.

—Nadie, ni la policía, puede garantizar protección total y efectiva contra *El Dandy* —dijo, agregando—: De todos modos, yo

no puedo decirle lo que a usted le interesa.

La pareja se le quedó mirando desconcertada. Willy fue el primero en reaccionar.

—¿Qué quieres decir?

—Que sé que hay unas habitaciones tras el almacén, pero nunca estuve en ellas ni sé cómo se entra.

Willy creía en la sinceridad del barman, y eso era lo peor. Si hubiera dudado, aún le quedaba la posibilidad de presionarlo, pero, si creía que decía la verdad, ¿qué le quedaba por hacer?

No iba a dejarse ganar por el desánimo.

—De acuerdo —dijo, con los ojos de Rita fijos en él—, nunca has entrado en las habitaciones y no sabes cómo se entra, pero sabes por dónde se entra.

Bert hizo un gesto ambiguo con la cabeza, que Willy tomó por asentimiento.

—Bien —dijo—, llévanos hasta allí.

Llegaron al almacén, que Willy ya conocía, y el barman señaló la pared más alejada del local.

—Por allí —dijo.

—El lugar exacto —urgió Willy.

—No sé. Por allí —señalaba con la mano la parte central de la pared.

Willy entregó la pistola a Rita.

—Vigílalo —dijo, señalando al barman.

De inmediato comenzó a pasar lentamente su palma abierta por el lugar que aquél señalara. La superficie, pintado de un gris sucio y oscuro, parecía totalmente lisa. El viejo recurso de dar golpecitos con el puño no surtió ningún resultado, lo que no sorprendió al muchacho, convencido que la puerta sería metálica y gruesa. Volvió a pasar la palma de la mano.

Pronto obtuvo su recompensa. En determinado lugar, una pequeñísima porción de pared cedió a la presión. Había encontrado el botón que ponía en marcha el mecanismo secreto. Presionó más y de inmediato un rectángulo de pared se convirtió en puerta, girando sobre sus goznes muy lentamente.

Con el corazón bailándole en el pecho, Willy se introdujo por la abertura. Buscó y encontró un interruptor y la luz se hizo, mostrando una amplia habitación con una mesa y sillas en su

centro. Muy bien decorada, con sillones, un mueble bar, y hasta cuadros en las paredes.

—Entra, Rita, y no descuides a Bert —dijo Willy en voz alta.

—Qué bien viven los asesinos —dijo la chica, contemplando tanta magnificencia.

—El crimen no paga, pero la droga, si —filosofó su compañero.

Abrió una puerta interior y encontró lo que buscaba: un despacho lleno de archivadores metálicos. Con la avidez de un niño en una fábrica de caramelos, Willy comenzó a abrirlos y a rebuscar en ellos.

Pronto se convenció que esos archivadores eran un maná de información, más que suficientes para mandar a la cárcel de por vida a *El Dandy* y a toda su banda, incluido un misterioso *Al*, que cobraba grandes sumas, que era un alto cargo de la policía, y sobre cuya identidad Willy no albergaba la menor duda.

Allí, con el orden y la prolijidad de toda empresa bien administrada, estaba el detalle de las entregas de droga a los distribuidores, cantidades, precios, modalidades de pago y fechas de cobro; así como los pagos efectuados a los productores, los nombres de éstos, sus direcciones y sus países de origen. También carpetas con relaciones de miembros del gobierno comunal, estatal y nacional a los que se había sobornado o se creía que eran susceptibles de aceptar soborno. En fin, todo.

Temblando de excitación, Willy pensaba en el escándalo del Watergate. Aquello sería chismorreo de cocina comparado con esto.

En uno de los cajones de un escritorio encontró una agenda pletórica de direcciones. Presuntamente, estaban allí todos los miembros de la banda; de *El Dandy*, bajo su verdadero nombre de Anthony Lobato, había cuatro. Buscó ávidamente la de *Al*, pero sólo encontró un número de teléfono desconocido para él. Se preguntaba si sería el de Agnes, cosa que Rita debía saber, cuando una tranquila voz dijo a sus espaldas:

—Final del viaje para ti, William Garver.

Se volvió atónito para enfrentarse al cañón de una pistola empuñada por un desconocido. Cuando se enfrentó al tipo, la agenda ya no estaba en sus manos.

—Pero... —Logró articular.

Su confusión provocó la risa del recién llegado.

—¿De verdad te creías más listo que nosotros? —bromeó.

Apuntándole recto al corazón, le palpó en busca de armas y, satisfecho al comprobar que no las tenía, ordenó:

—Sal con las manos en alto.

Lo siguió hacia la salida posterior, a la que se llegaba por un corto pasillo. Junto a la puerta, estaba Rita, desarmada y bajo la vigilancia de otro bandido. Bert estaba junto a ellos.

—Creí que no llegarías nunca —se quejó al que custodiaba Willy.

—Cuando nos enviaste la señal de alarma estábamos con el jefe en la casa de la costa. No se llega en un minuto desde allí.

—¿Conque madre y hermano drogadictos, eh? —se lamentó Willy al pasar junto a Bert.

Éste hizo un gesto de modestia, como restando importancia a su excelente interpretación.

—Lo siento, Willy —empezó muy compungida Rita—. Me distraje un instante y...

—No te preocupes, querida —la alentó su compañero—. Gracias a lo ocurrido has conseguido que deje de ser machista para siempre jamás. Estoy seguro que una feminista lo hubiera hecho mejor que yo.

—Pues yo no lo hice nada bien.

—Porque no eres feminista sino femenina, lo que es radicalmente diferente.

El que custodiaba a Rita había abierto la puerta y atisbado al exterior, haciendo una señal afirmativa a su compinche.

—¡Basta de charla y salid! —gritó éste.

Afuera esperaba un coche. Los obligaron a subir a él y el vehículo se puso en marcha conducido por un tercer bandido. Bert los despidió con un burlón agitar de su mano derecha desde la puerta.

—Tendremos un viaje un poco largo, pero mucho más largo será el que emprenderán después —los animó el tipo que se había sentado al lado de ellos, en el asiento posterior.

El viaje, bordeando la costa y en dirección norte, duró, efectivamente, casi tres cuartos de hora, a pesar de que la autopista estaba vacía. Por fin el coche se enfrentó a una verja de hierro que se abrió electrónicamente ante ellos, siguió una avenida bordeada

de cipreses, y se detuvo ante la escalinata de una mansión construida antes de la Depresión.

En el vestíbulo, fueron saludados por el dueño de la casa.

—Bienvenidos —dijo *El Dandy*—. Lástima que no puedan gozar más que unos minutos de mi hospitalidad. Después... harán un viaje por mar. Un viaje sin retorno, claro.

CAPÍTULO VIII

—Matar es un trabajo sucio y desagradable. Los que dicen que a mí me gusta hacerlo mienten descaradamente. Siempre que me veo obligado a matar, como en este caso, lo hago con profundo desagrado. Pero bébanse esos ponches calientes, les vendrá muy bien porque las noches son frías en el mar.

Willy bebió y Rita también. La escena era irreal, como sacada de una pesadilla. Los dos estaban sentados en un cómodo sofá, con el entorno de un salón decorado con lujo quizá excesivo, bajo una araña con miles de caireles de cristal y con un sonriente anfitrión sentado frente a ellos invitándoles a beber. Hasta ahí, todo maravilloso. Pero tras el anfitrión sonriente, un tipo mal entrazado y hosco les apuntaba con una metralleta.

Y el sonriente anfitrión les anunciaba su inminente muerte.

—Podría matarlos aquí mismo y enterrarlos en el parque, ustedes comprenden. Y eso es lo que haría, si me gustara matar. Pero no me gusta. La visión de la sangre y los gritos y todo eso... ¡*Puah!* No, no, yo soy un ser civilizado que gusta del arte, las mujeres y todas las cosas buenas de la vida. Por eso... Pero les estoy cansando con mi charla. Será mejor que se pongan en marcha.

—Oiga, *Lobato*... —empezó a protestar Willy.

—¿*Lobato*? —fingió sorprenderse el anfitrión—. Hace muchos años que nadie me llama así. Y ustedes también pueden llamarme *El Dandy*, como lo hacen todos mis amigos. Porque ya somos amigos... Más que amigos, en realidad; yo soy tan importante como vuestras madres para vosotros. Ellas os dieron la vida y yo os doy la muerte.

Hizo una señal y dos tipos, hasta ese momento invisibles para los prisioneros, aparecieron con cuerdas en sus manos.

—Escuche, *Dandy*, podemos hacer un trato.

El bandido miró a Willy con algo que podía tomarse por compasión.

—Nunca insulto a un invitado —dijo—, pero creo no ofender si digo que ustedes no están en condiciones de ofrecer más que sus vidas. Y eso, les ruego que me perdonen, es demasiado poco para mí.

—Deje libre a la señorita Sawyer, *Dandy*, ella no tiene nada que ver con esto.

—No sea ingenuo, Garver. Y lo que es peor, no quiera tomarme por un idiota porque perderé la paciencia. Yo les proporcionaré una muerte instantánea, sin sufrimiento. Pero si me hace poner nervioso diciendo tonterías, puedo buscar otras muertes mucho peores. Muertes lentas, de esas que tardan tanto en llegar que...

—Está bien, acabemos de una vez —cortó Willy.

El Dandy había hablado de un viaje por mar; eso significaba algún tiempo, aunque sólo fueran unos pocos minutos, y en esos pocos minutos podía ocurrir algún milagro. Pero, si seguía intercediendo por Rita, conseguiría sacar a la superficie toda la maldad, todo el sadismo, que subyacía bajo el traje de quinientos dólares que lucía el bandido.

Éste hizo una señal a los secuaces recién llegados, que ataron a la espalda las muñecas de Rita.

—Al policía átaselas por delante; no quiero que se le abra la herida del brazo —dijo *El Dandy*, lanzando una carcajada.

Porque se trataba de una broma De humor negro, claro.

—Y ahora, en marcha.

Bajo la atenta vigilancia del tipo de la metralleta, Rita y Willy fueron conducidos hasta la parte posterior de la lujosa mansión. Invisible pero audible, el mar rugía muy cerca de allí.

Atravesaron un parque que tenía un discreto declive descendente, y pronto llegaron a una pequeña playa, en la que había un embarcadero y, junto a él, un cobertizo para embarcaciones. Una lancha vieja, más grande que una motora, pero no alcanzaba la categoría de crucero, se balanceaba amarrada junto al muelle.

—Vuestro ataúd flotante —dijo *El Dandy*, señalándola—. Os explicaré en qué consiste el juego —los miró muy sonriente—. Porque se trata de un juego y, como en todo juego, cualquiera de los participantes puede ganar. Incluso ustedes. Bien, de esto se trata: Atados de pies y manos, seréis dejados en la lancha, que está

con el motor a máxima potencia y el timón trabado, para que enfile directamente a mar abierto. Hasta aquí todo resulta tonto, pero... Hay un detalle que hace que el juego sea realmente excitante —hizo una pausa teatral, mirando a sus víctimas, que no le miraban a él—. En el interior de la lancha hay una carga explosiva —anunció triunfalmente—. En el momento de zarpar, se pondrá en marcha el mecanismo de relojería que activará la dinamita. Para aumentar la emoción, yo no les diré de cuántos minutos podrán disponer hasta que se produzca la explosión. ¿No es un juego realmente excitante?

No obtuvo respuesta.

Los introdujeron en la lancha, uno de los bandidos bajó al entrepuente a poner en marcha el motor, reapareció, hizo una señal a *El Dandy* indicando que todo estaba a punto y otro de los secuaces largó amarras. La lancha se lanzó como un caballo encabritado hacía mar adentro.

—¡Suerte! —los despidió burlonamente *El Dandy*, agitando una mano.

—Este perro asesino no debe habernos dado más de dos o tres minutos —dijo Willy, no bien comenzar la lancha a alejarse del muelle—. No podemos perder un segundo. Si pudiera usar mis dos manos...

Se arrastró hasta ponerse a la espalda de Rita.

—Liberaré tus manos —dijo.

Que a él le hubieran atado las suyas por delante era una gran ventaja, desde luego, pero de inmediato descubrió que esa ventaja quedaba neutralizada por la casi total incapacidad de usar la mano izquierda. Los dedos reaccionaban con torpeza a las órdenes del cerebro y el dolor que le producía el menor movimiento era insoportable.

—Qué poco puede hacerse con una sola mano —se quejó en voz alta.

—Tranquilízate, querido, sé que lo conseguirás —intentó calmarlo ella, pero su voz traicionaba su propio nerviosismo.

Tras poco más de un minuto de esfuerzos infructuosos, Willy renunció a seguir.

—¿Qué ocurre, querido? —Se inquietó Rita.

—No puedo hacerlo.

—Pero entonces...

Él se arrastró hasta ponerse al alcance de la vista de ella.

—Escucha —dijo con voz que denunciaba su tremenda excitación—. Lo que urge no es liberarnos sino desactivar la bomba. Y eso es lo que voy a hacer.

—Pero no sabes dónde está. Y no podrán con las manos atadas.

—Ya me las arreglaré —contestó él, arrastrándose en dirección a la escotilla que llevaba al entrepuente.

—¿Y si está por aquí? —Opuso Rita.

—Es muy difícil —gritó él para hacerse oír sobre el viento y las olas—. Saben que una ola podría mojar el mecanismo y paralizarlo. De todos modos, busca tú también, pero ten cuidado, hay mucho oleaje.

Había una escalera de cuatro peldaños para bajar al entrepuente. Sintiendo que un sudor frío empezaba a correr por su frente, Willy giró sobre sí mismo para que fueran los pies los primeros en descender. Muy lentamente, para evitar golpes que abrieran la herida de su brazo, fue dejándose caer de escalón en escalón, hasta por fin, no sin haber golpeado la cabeza en cada peldaño, completó el descenso.

¿Cuántos minutos habrían transcurrido ya?

¿De cuántos minutos podían disponer todavía?

¿O sólo les quedaría segundos?

Obligándose a no pensar, porque sabía que el miedo puede convertirse en terror y el terror paraliza, el muchacho empezó su búsqueda. El tipo que puso en marcha el motor también había activado el mecanismo explosivo, así que decidió empezar por el lugar donde estaba el motor.

El ruido lo guió a popa. Se trataba de un pequeño cubículo con mucha grasa y, lo que era peor, mucha oscuridad. Pero como no se trataba de ver sino también de oír, Willy aguzó el oído mientras se arrastraba alrededor del pequeño equipo diesel.

Ruido había mucho, pero nada que se pareciese al *tic tac* de un reloj. Tras una vuelta completa y haberse llenado de grasa las ropas, Willy volvió al entrepuente.

¿Cuántos minutos o segundos faltaban para morir?

Había una mesa con dos asientos a los lados que podrían transformarse en literas y, más a proa, el timón, trabado con una barra de hierro, y los mandos de la embarcación. Las luces del

tablero de mandos iluminaban tenue y difuminadamente el entorno.

A tan débil luz, Willy, que aguzaba desesperadamente ojos y oídos sin dejar de arrastrarse, pudo ver un orificio rectangular junto a los mandos, que seguramente conduciría a un pequeño camarote o a un pañol. El ruido del motor llegaba disminuido hasta allí, y el relativo silencio era suficiente para comprender que ningún reloj, a menos que fuera absolutamente silencioso, podía estar funcionando allí. Sólo quedaba el camarote.

¿Cuántos minutos?

¿Cuántos segundos?

Willy tenía que hacer un consciente esfuerzo para evitar que todo su cuerpo se echara a temblar, traspasado de excitación.

No había tiempo ni espacio para girar sobre sí mismo, así que los dos escalones que llevaban al camarote los bajó de cabeza. Aunque lo hizo lo más lentamente que le fue posible, golpeó con tanta fuerza su frente contra el piso inferior, que durante unos segundos temió caer en la inconsciencia.

Una cama de matrimonio, un microscópico lavabo a su izquierda y un armario que recorría toda la pared. De momento, ningún ruido, pero siguió avanzando con lentitud que contribuía a desesperarlo.

Y entonces lo oyó.

Estaba en el interior del armario. Y su puerta estaba cerrada.

¿Con llave? La posibilidad que los condenaba a una muerte segura, contrajo su cuerpo en un espasmo de angustia.

Para alcanzar la pequeña manija de bronce tuvo que incorporarse, y ésa no fue tarea fácil.

Por fin lo consiguió. Temblando, asió la manija con dos dedos de su mano sana y tiró de ella.

La puerta se abrió.

A la altura de su pecho, en un estante donde alguien había dejado olvidado un viejo suéter, estaba el artefacto infernal.

Apenas podía distinguirlo en la casi total oscuridad, sólo disminuida por los rayos de la luna que entraban por tres ojos de buey. Manipularlo sin luz era simplemente suicida. Tenía que haber un interruptor en alguna parte. Buscarlo significaba una pérdida de tiempo que podía resultar fatal, pero no tenía alternativa.

Quizá junto a la cabecera de la cama...

Para ganar tiempo, como estaba de pie, simplemente se dejó caer atrás, sobre el lecho. Desde allí comenzó a tantear en la pared. Y tuvo suerte. Un pequeño interruptor encendió la luz de lectura.

De haber podido transportar el mecanismo al lecho, la luz le hubiera dado de lleno y habría podido trabajar más libremente; pero, con sus manos atadas y una de ellas prácticamente inútil, intentar moverlo era demasiado arriesgado.

Con esfuerzo y pérdida de tiempo, consiguió ponerse nuevamente en pie y se enfrentó al ingenio.

No se habían tomado mucho trabajo para construirlo. Era el modelo más simple y antiguo de explosivo con mecanismo de relojería. Simplemente tres cartuchos de dinamita conectados a un detonador, a su vez regulado por un pequeño reloj. De haber tenido sus manos libres y luz suficiente, Willy lo hubiera podido desactivar en dos segundos...

¿Cuántos segundos?

Acercando la vista lo más posible, miró el cuadrante.

Un minuto y veintidós segundos para la explosión.

En los explosivos convencionales, los cables se cubren con aislantes plásticos de distintos colores para facilitar la labor de quien, si es necesario, tenga que desactivarlos. Pero aquí todos los cables estaban aislados en fundas de plástico negro. ¿Cuál era el que desactivaba y cuál el que provocaría la inmediata explosión?

Cincuenta y ocho segundos.

El sudor que caía de su frente, nublaba la visión de Willy, que no podía valerse de sus manos para limpiarse. Parpadeando para adaptar sus retinas a la poca luz ambiente y para rechazar las gotas de sudor, el muchacho miraba con ojos febriles la maraña de cables.

Cuarenta y tres segundos.

No podía perder más tiempo. «¿No sabe la respuesta, señor?». «Al menos arriesgue una al azar, porque su tiempo se acaba».

Sí, ya que la muerte sobrevendría de todos modos dentro de treinta y cuatro segundos, al menos probar una vez.

Sólo una, claro, porque de errar en la primera, no habría una segunda oportunidad.

Un cable que iba del reloj al detonador era su preferido. Sin vacilar, enganchó en él su índice derecho, y tiró hasta arrancarlo.

No hubo explosión y el reloj se detuvo veintidós segundos antes

de la hora de la muerte.

Exhausto, abandonándose a sus emociones, Willy se dejó caer de espaldas sobre el lecho.

Pero el reposo no llegó a un minuto. Rita estaba arriba, creyendo que iban a morir de un segundo a otro. Iba a dejarse caer para volver arrastrándose, pero se tomó su tiempo para incorporarse. Había pensado que dejar la puerta del armario abierta era una imprudencia. Un bandazo de la embarcación podía arrojar al piso la dinamita y nunca se sabe cómo puede reaccionar tan temperamental señora.

Antes de cerrar la puerta, revisó los cajones, con la esperanza de que alguien hubiera olvidado en ellos una navaja o un cuchillo, o siquiera una simple hojita de afeitar, pero lo único que habían olvidado eran dos números muy atrasados de *Play Boy*.

Dejándose caer con la mayor suavidad posible, volvió a arrastrarse, esta vez en dirección inversa y considerablemente más tranquilo.

Un tremendo esfuerzo le costó ascender los dos escalones que llevaban al entrepuente; una vez allí decidió que lo más urgente, después de tranquilizar a Rita, era gobernar la nave de la manera que fuese, así que se arrastró hasta el arranque de la escalera que llevaba al puente y llamó a gritos a la chica.

—¡Rita! ¡He desactivado la bomba, ven abajo!

Tras unos segundos que llenaron de angustia al muchacho, se oyó la voz de la chica, muy amortiguada por el viento y el ruido de las olas y el motor.

—¡... oído! ¡Voy!

Recordando los golpes que recibiera en su cabeza, atravesó su cuerpo al pie de la escalera.

—Déjate caer sobre mí —dijo a Rita, cuando su cabeza apareció en lo alto.

La operación se realizó con todo éxito.

—¿Dónde estaba la bomba? —quiso saber ella.

Pero Willy tenía otras urgencias.

—Ya te lo contaré algún día. De momento, tenemos que liberarnos de estas ligaduras y guiar la nave de regreso a la costa.

—Espero que haya suficiente combustible.

Buscaron por todas partes. Por fin, en un pequeño armario sobre

una minúscula cocina eléctrica, Willy que se había puesto de pie para alcanzar el armario, halló un viejo y oxidado cuchillo. Con tal arma, liberar las muñecas de Rita y que ella liberara las del muchacho fue cuestión de segundos.

Con un corte, Willy recuperó la facultad de andar y, sin cuidarse de deshacerse de los restos de cuerda que seguían rodeando sus tobillos, corrió hasta los mandos.

Lo primero, destrabar el timón, quitando la barra de hierro. Una vez hecho esto, corregir el rumbo. Aunque los conocimientos náuticos del muchacho eran prácticamente inexistentes, la operación pudo realizarse sin problemas. *El Dandy* había dicho que la embarcación enfilaría rectamente mar a dentro, así que todo consistía en girar 180.º para que enfilara rectamente a tierra.

Cuando todo estuvo bajo control, Rita, con la cabeza hundida en el pecho de Willy, que empuñaba el timón, quiso saber:

—¿Por qué *El Dandy* se tomó tantas complicaciones para acabar con nosotros? Un par de tiros hubieran sido suficientes.

Willy sonrió.

—Ante todo —comenzó—, debo decir que mucho me alegra que haya optado por las complicaciones y no por el par de tiros. Y, en cuanto a sus motivos, los conocerá él. Yo supongo que no quería verse ni remotamente involucrado en el asesinato de dos policías y se inventó este montaje. Veintidós segundos más y la embarcación, con nosotros dentro, claro, hubiera volado por los aires. Puede que algún pesquero viera algo y hasta que se encontraran algunos restos (de la embarcación, no de nosotros) flotando sobre las aguas, pero nada lo relacionaría con él. Estoy seguro que esta lancha ha sido robada o pertenece a alguien que nada tiene que ver con la banda.

—Ahora sí que te creerán nuestros compañeros. En cuanto lleguemos...

Willy negó con la cabeza.

—No, Rita —dijo—. No iremos a la Brigada en cuanto lleguemos.

Ella lo miró alarmada.

—No pensaras enfrentarte tú solo a *El Dandy*...

—No soy tan loco. Con sólo un cuchillo oxidado confieso que no me atrevo a enfrentarme a las metralletas de esos bandidos. No me refería a eso.

—¿A qué te referías?

—A entregar a mis excompañeros un caso completo y sin cabos sueltos.

Ella separó unos centímetros su cabeza.

—¿Te refieres a Mathieson? —dijo, con un hilo de voz.

—Me refiero al policía corrupto y asesino que informa a la banda. En los libros de *El Dandy* figura con el nombre de «Al». Y a él vamos a hacer una visita.

—¿Tienes su dirección?

—Un número de teléfono. Y tengo un amigo en el turno de noche de la Telefónica.

—¡Mira, Willy!

Las luces de la costa estaban a la vista. Toda la aventura había durado poco más de media hora.

CAPÍTULO IX

Tomaron tierra en una playa desierta. Por el este comenzaba a amanecer. Treparon un casi abrupto acantilado de veinte o treinta metros y, tras caminar un par de millas, desembocaron en una carretera nacional. Después de muchos intentos fallidos, un tipo que conducía un viejo camión descubierto se avino a detenerse.

—Si quieren que los lleve, tendrán que subir atrás —dijo el tipo amablemente.

Subieron atrás, claro.

Casi una hora tardó el traqueteante vehículo en llegar al centro de Nueva York, a pesar de que ellos llegaron a tierra varios kilómetros más cerca de la ciudad que la finca de *El Dandy*.

—Ahora, a buscar una cabina telefónica —dijo Willy, no bien saltar del vehículo.

Como era de desear, su amigo en la Telefónica aún no había dejado el servicio.

—Oh, Willy, tú ya no estás en la policía y tengo terminantemente prohibido...

—Escucha, Tad, que yo vuelva a estar en la policía al mediodía a más tardar, depende sólo de ti. Y de que me des la información que te pido.

—Me lo pones de una manera...

—Y cuando vuelva a estar en la policía te enviaré una caja de cerveza.

—No es asunto...

—Con una rubia dentro.

—Está bien, está bien. Espera un momento.

Menos de dos minutos tardó en conseguir la información.

—Puedes guardarte la cerveza, pero no te olvides de la rubia —fue su despedida.

—Descuida, la tendrás... cuando yo sea Comisario.

—¡Bastardo!

Tras colgar el auricular sin más comentarios, Willy salió y se reunió con la expectante Rita.

—Ya tengo la dirección. Busquemos un taxi y vamos allá.

—¿Desarmados?

—A esta hora están cerradas las armerías. Y no creo que el armero de la Brigada acceda a darnos un par de metralletas.

Agitaba alegremente una pequeña agenda, mientras sus ojos buscaban un taxi libre en la todavía desierta calle.

—Esto hará nuestra fortuna —rió.

—¿Qué es eso?

—Todas las direcciones de la banda, la encontré en el bunker y pude metérmela en el bolsillo sin que me la encontraran al revisarme. Ellos sólo buscaban pistolas y esas cosas. Más que todas nuestras declaraciones, será esta agenda la que enviará a la cárcel por el resto de sus vidas o, al menos, por muchos años, a todos esos malditos asesinos y traficantes de heroína.

—Allí viene un taxi libre.

El edificio era tan alto y tan impersonal como suelen serlo los bloques de viviendas de Nueva York. Hasta el barrio en que estaba construido era tan impersonal como él mismo.

Pero, indudablemente, tanta impersonalidad es buena cuando lo que se busca no es exhibirse sino todo lo contrario.

—¿Vas a tocar el timbre así, por las buenas? —dijo Rita, bajando instintivamente la voz, aunque nadie había allí para oírlos.

Willy negó con la cabeza.

—No —dijo—, tal vez lo haría, si tuviera un arma. Pero desarmado y con una sola mano...

—Tres, porque yo tengo dos.

—Una, porque subiré solo.

—Ni hablar, machista. Soy tan policía como tú... por no decir más.

Estas palabras activaron la imaginación de Willy.

—¿Tienes tu documentación?

Ella metió la mano en un bolsillo del abrigo y la sacó con una tarjeta plástica.

—A mí no me revisaron —dijo—. Y nunca salgo sin mi identificación policial. Es obligatorio, sabes.

—Sí, ya lo sé. Pues entonces iremos a ver al portero. Misión ultrasecreta, cárcel para quien se niegue a colaborar o alerte a los sospechosos, en fin, todo eso, ya sabes.

—Descuida, sabré impresionarlo.

Era un hombre de mediana edad y preparaba cubos y bayetas para empezar la limpieza. Las firmes palabras de Rita, más que su tarjeta de identificación, le impresionaron. También le impresionó que se tratara del ocupante del noveno C.

—Es un señor muy correcto. Vive en el Medio Oeste y utiliza este piso para sus entrevistas, cuando viene a Nueva York.

—¿Nunca duerme aquí?

—Sí, algunas veces. Ahora debe estar en el piso, porque anoche vino y no le vi salir.

Rita y Willy se miraron. La suerte parecía haber cambiado y ponerse de su lado.

—Ábranos con su llave —dijo el muchacho, con la voz más dura que pudo emitir.

—El señor es mi jefe —se apresuró a explicar Rita, haciendo una significativa mueca al «jefe».

El portero dudaba.

—Todo esto es muy irregular...

Habían pasado demasiadas cosas para detenerse ante un portero legalista.

—Mire, amigo —dijo Willy, ahora con voz más de *gángster* que de policía—, o nos abre esa puerta por las buenas, o nos abre esa puerta porque le estamos apuntando con una pistola en su gorda nuca. Elija.

El tipo pasó de la duda al temor.

—Digan, ustedes son...

—Policías —le recordó Rita, agitando ante sus ojos la famosa tarjeta.

—Vengan conmigo —se rindió el tipo.

Subieron en el ascensor en silencio, al salir Willy susurró en el oído del portero:

—Dame la llave.

El tipo le miró nuevamente indeciso, pero él también había llegado demasiado lejos para echarse atrás. Entregó a Willy un grueso manojo de llaves sosteniéndolo por una de ellas.

—Ésta es —dijo con voz resentida.

Sin hacer el menor ruido, Willy abrió la puerta. Aunque ya era totalmente de día, el interior del piso estaba a oscuras, señal que las persianas seguían bajas, lo que era un buen indicio. El ocupante debía estar durmiendo todavía. Maquinalmente, el muchacho miró la hora en su reloj de pulsera: las ocho menos veinte. Los jefazos no ocupaban sus despachos hasta las nueve.

Seguido por Rita y con el portero estirando el cogote desde el pasillo, Willy se adentró en el piso. A la derecha de la puerta, la cocina; vacía. Salón comedor, vacío. Un pasillo con tres puertas, las tres cerradas. Abrió la primera, una habitación amueblada como despacho, también vacía.

Pero entonces se abrió un grifo y se oyó claramente el ruido del agua al correr por el lavabo. Provenía de la puerta que cerraba el pasillo.

Haciendo un significativo gesto a Rita, el muchacho abrió la tercera puerta. Como no podía ser de otra manera, pertenecía al dormitorio. Una sola cama, con sus ropas revueltas y vacía. Correctamente colgada sobre una silla, ropa de paisano. Sobre la única mesilla de noche, un revólver 38 *Special*, *Smith Wesson*.

En completo silencio, al que ayudaba la moqueta del piso, Willy dio varias zancadas y se apoderó de él, comprobando que tenía sus seis balas en el tambor. Después hizo señas a Rita para que lo siguiera de regreso al salón.

Allí se sentó sobre un sillón que miraba directamente al pasillo, con el revólver en su mano sana.

—Ver a Mathieson en calzoncillos no es espectáculo adecuado para una dama —susurró Willy a Rita, que se había sentado en un sillón vecino.

—Yo no soy una dama —respondió ella con un hilo de voz.

—Igual esperarás a que aparezca.

El portero, siempre desde el prudente pasillo, no podía apartar sus agrandados ojos del revólver que empuñaba el muchacho.

Con paciente impaciencia, esperaron durante quince interminables minutos a que Mathieson se higienizara primero y se vistiera después. Por fin, apareció en la desembocadura del corredor y, al oír a Willy ordenarle que alzara sus brazos porque estaba detenido, quedó inmovilizado por la sorpresa.

Pero más sorprendidos aún quedaron Rita y Willy, porque el hombre al que acababan de detener no era el teniente Mathieson sino al capitán Ferguson, jefe de la Brigada de Narcóticos.

CAPÍTULO X

—¿Pero por qué se asustó tanto Agnes al verme en su apartamento?

Habían pasado veinticuatro horas desde la detención de Ferguson en su piso secreto y habían pasado muchas cosas en esas veinticuatro horas. A la espera de una decisión final de la Superioridad, Willy había sido repuesto provisionalmente en su antiguo puesto, aunque todos veían en él al futuro teniente de la Brigada, ya que Mathieson ascendería con toda seguridad a capitán, en reemplazo del encarcelado Ferguson. Por supuesto, *El Dandy* y toda su banda, sorprendidos todos en sus camitas estaban entre rejas y sin conseguir entender del todo lo ocurrido. El bueno de Bert, barman del Tonight había tenido que abrir el bunker a la policía (sabía cómo hacerlo), antes de ir a hacer compañía a sus compinches en la cárcel. Ahora Mathieson, Rita, Agnes y Willy estaban en el despacho del teniente, rellenando lagunas.

Agnes sonrió al oír la pregunta del muchacho y miró a Mathieson.

—La respuesta es sencilla —dijo éste—. Y se relaciona con la totalidad del caso. Hacía mucho tiempo, casi dos años, que yo venía sospechando de Ferguson. No empecé mis sospechas por él, sino todo lo contrario. Llegué por eliminación, empezando desde abajo.

—¿También me investigó a mí? —bromeó Willy.

—Por supuesto. Y durante varios meses fue mi favorito —respondió el teniente, en el mismo tono.

—¿Por qué?

—Bueno... —Mathieson miró molesto a Rita—. Usted salía tanto con mujeres... En fin vamos a lo nuestro. Agnes y yo nos queremos desde hace más de un año. Ella no tiene secretos para mí y yo no los tengo para ella. Cuando vio a Rita haciendo preguntas, la siguió hasta el archivo y, al ver que revisaba el *dossier* de la banda de *El*

Dandy, vino a decírmelo. Yo estaba con Ferguson. Ella calló, pero yo la obligué a hablar...

—¿Que usted la obligó a hablar ante Ferguson? —se escandalizó Rita.

—Sí —admitió Mathieson—. Sabía que podía poner en grave peligro la vida de Garver y la suya propia, pero eso es algo que hago todos los días y varias veces por día, cuando envío a mis hombres a cumplir misiones peligrosas. Por supuesto, no podía imaginar que su pobre tía sería asesinada, lo siento.

Hubo un momento de silencio, que rompió Willy.

—Sigo sin entender por qué se asustó Agnes al verme.

Mathieson hizo un gesto como dándole la razón.

—A eso quería llegar. Y, como dije antes, la respuesta es sencilla. Aunque más para Agnes y para mí, que para ustedes. Al ver a Garver, ella adivinó lo que le llevaba allí. Usted y Rita habían adivinado que la filtración venía de Agnes y seguramente verían, como efectivamente ocurrió, fotos mías con ella, etcétera, todo lo cual los llevaría a sospechar de mí como cómplice de la banda.

—¿Por qué no nos dijo la verdad, en lugar de acusarlo implícitamente a usted? —protestó Willy.

Antes de contestar, Mathieson sonrió a Agnes, que frunció los labios en un beso.

—Porque —dijo el teniente—, por mucho que me quiera a mí, y creo que me quiere mucho, Agnes es, por encima de todo, policía. Hablar con ustedes de lo que sólo eran sospechar mías podía (y, de hecho, así habría sido) echar por tierra todo mi paciente trabajo. Así que se vio obligada a simular que era yo el traidor. Incluso creo saber que lloró mucho y me gustaría creer que esas lágrimas eran sinceras y se derramaban por mi posible muerte.

—Bien, eso explica lo que no entendíamos —asintió Willy.

Mathieson airó su mano, como pidiendo la palabra.

—Para terminar, debo felicitarlo por su actuación, Garver —dijo.

—¿A qué se refiere?

—A lo que dijo a Agnes de que iría de inmediato a verme. Debo confesar que no pude dormir el resto de la noche.

—Tampoco yo —corroboró Agnes, entre risas generales.

—Y ahora les contaremos nuestras aventuras marítimas y

terrestres... —empezó Willy, pero fue inesperadamente interrumpido por Mathieson.

—Ya habrá tiempo para eso, Garver. Ahora usted y la señorita Sawyer deben tomarse un par de semanas de vacaciones. Se las han ganado.

EPÍLOGO

Las olas siempre suaves —excepto cuando los huracanes— del Mar de los Caribes lamían las blancas arenas de la inmensa playa. Al final de ella, protegida del sol y de los vientos por una muralla de palmeras, se alzaba el pequeño *bungalow*.

Todo era mar color esmeralda, cielo de azul increíble y buganvillas de color y tamaño más increíble aún. El verde intenso de la vegetación completaba esa sinfonía cromática que sólo quien ha estado en el Caribe puede imaginar.

Con tan maravillosa naturaleza, era de suponer que los ocupantes del *bungalow* se pasarían el día y buena parte de la noche contemplando tanta magnificencia. Pero no era así.

Desde que ocuparan la vivienda, cuatro días antes, no habían asomado la nariz ni siquiera a la ventana.

«Los gringos son muy raros», comentaban los nativos, intentando explicar el extraño caso.

En el interior del *bungalow*, sus extraños ocupantes deshacían entre jadeos el enésimo abrazo de esos cuatro días.

—Cuánto tiempo hemos perdido, querida —susurró él.

—Por tu culpa —respondió ella.

—Es que creía que eras de las que no gustan de hacer el amor.

—¿Cómo no iba a gustar de hacer el amor, si estaba y estoy enamorada de ti?

—Pero yo no lo sabía. Habérmelo dicho.

—Haber preguntado.

Volvieron a abrazarse y a reiniciar el maravilloso juego del amor.

Tenían que recuperar el tiempo perdido.

¿Cuántos cabellos ha perdido usted hoy?

¿Ha mirado
bien el
peine, la
almohada y
el lavabo?



ADGOF N° 25 844 C ADGOF N° 29 496 C

¡Olvide los
cabellos
caídos,
pero procure
conservar
los que le
quedan!

¡No espere a quedarse calvo!

Un buen consejo para usted: Utilice Queratin Loción y Queratin Champú

Aplice usted el procedimiento más efectivo para procurar resolver los problemas de su cabello, que consiste en usar una buena loción con el objeto de que le facilite el proceso regenerador de las raíces capilares.

Con esta finalidad se elaboran y comercializan con mucho éxito los preparados Queratin Loción y Champú Universal Queratin, que por su gran efecto tónico son muy recomendados para evitar la caída del cabello y acelerar su crecimiento.

A los pocos días del uso metódico de Queratin Loción y Champú Universal Queratin usted notará su influencia en el estado general de su cabello y continuado el tratamiento podrá observar pronto apreciables y beneficiosos resultados.

Por sus excelentes y valiosos efectos los preparados Queratin son muy aconsejados para hombres y mujeres en los siguientes casos:

- Eliminar gradualmente la caspa y el exceso de grasa del cuero cabelludo.
- Fortalecer y cuidar las raíces mejorando el aspecto decaído del cabello.
- Proporcionarle a éste mayor volumen y brillo, dejándole sedoso, suave y fácil para peinar.

(Continúa en la página siguiente)

Procure usted resolver cuanto antes los problemas de su cabello sin esperar a que se acentúen usando los productos Queratín, pues es más fácil detener una deficiencia capilar naciente que el remediar un problema que se haya convertido en crónico.

Si ya tiene usted cabellos normales y vigorosos consérvelos como hacen infinidad de personas que aplican continuamente con constancia y regularidad Queratín Loción y Champú Universal Queratín, para ayudarse a conservar la cabellera joven y sana, disfrutando además de su agradable y discreto perfume.

¡Benefíciase usted también de la acción bienhechora que proporcionan los magníficos productos QUERATÍN!

¡NO LO DUDE! Haga HOY MISMO la petición enviando a Selecciones Europeas, Apartado de Correos, n.º 330, Santander (España), el boletín de pedido con su dirección completa escrita a máquina o con letra muy clara, en sobre cerrado y debidamente franqueado, y si no quiere recortar el boletín pa-

ra no estropear la novela facilítenos en carta sus señas igualmente con todos los datos de la misma forma, rogándole nos diga además, que su pedido es como consecuencia de haber leído el anuncio de las novelas de la Editorial Bruguera, S.A.

Ventas para España: Exclusivamente por correo contra reembolso a los siguientes precios:

QUERATÍN LOCIÓN

Frasco: 975 pesetas.

Contenido 200 ml.

CHAMPÚ UNIVESAL QUERATÍN

Frasco: 875 pesetas.

Contenido 200 ml.

Gastos de embalaje y envío certificado: 250 pesetas.

Ventas para el extranjero: Los dos frascos QUERATÍN (Loción y Champú) incluidos los gastos de embalaje y envío certificado, aéreo y urgente, 30 DOLARES USA, acompañando esta cantidad en billetes grandes muy disimuladamente en la carta certificada de pedido, o adjuntando Cheque bancario con firma de gerencia, con la absoluta seguridad de que, se lo serviremos a correo seguido.

BOLETÍN DE PEDIDO

Selecciones Europeas, Apdo. Correos n.º 330 - Santander (España)

Ventas para España: Señale con una X en los recuadros del artículo que le interesa y el número de frascos.

☐ Queratín Champú ☐ Número de frascos
☐ Queratín Loción ☐ Número de frascos

Nombre

Apellidos

Calle Número Piso

Población Distrito Postal

Provincia

Jerry Cotton

LA NOVELA
POLICIACA
DE MAS EXITO
EN TODO
EL MUNDO

BRUGUERA



INSTRUCCIONES PARA PARTICIPAR EN EL CONCURSO GANE 1 MILLÓN

EDITORIAL BRUGUERA, S. A., sorteará el último día hábil de cada mes, durante el primer semestre de 1985, 1 millón de pesetas entre todos los lectores que hayan enviado debidamente rellenado el cupón que figura en la tapa posterior de las novelas.

En dicho cupón ha de constar también el punto de venta dónde se ha adquirido el ejemplar, ya que el vendedor del cupón logrará un premio de 250.000 pesetas.

los cupones deberán enviarse a **EDITORIAL BRUGUERA, S. A.** Apartado de Correos 9475, Barcelona.

Pueden enviarse todos los cupones que se desee, los cupones participantes en un sorteo serán destruidos al finalizar éste.

Los sorteos se efectuarán ante un notario de Barcelona y los ganadores que resulten de cada sorteo (comprador y vendedor) recibirán notificación notarial de su premio. Editorial Bruguera, S. A. publicará el nombre de los ganadores en las últimas páginas de todos los bolsilibros que edita.

Este concurso sólo es válido para territorio español.

Según las normas de **EDITORIAL BRUGUERA, S. A.**, en este concurso no podrán participar los empleados y familiares de los mismos.

NOTA:

Las novelas en las que no figure el cupón de la parte posterior también sirven para participar en este concurso. Solicite de su vendedor habitual un cupón, adjúntelo con la tapa posterior de la novela y envíelo a Editorial Bruguera, S. A. Apartado de Correos 9475 de Barcelona. Puede participar con todos los cupones que desee, siempre que cada cupón vaya acompañado de su correspondiente tapa.

GAÑE 1.000.000

DE PESETAS

GRAN CONCURSO MENSUAL

CUPÓN VÁLIDO SOLO PARA ESPAÑA

ESCRIBA SUS DATOS PERSONALES (EN MAYUSCULAS)

NOMBRE

APELLIDOS

CALLE.....No

POBLACION

PROVINCIA.....

DATOS DEL QUIOSCO O LIBRERIA.....

PLAZA O CALLE.....No

POBLACION

PROVINCIA.....

- INSTRUCCIONES DEL
CONCURSO EN EL INTERIOR.



8 410018 033198

BRUGUERA

PRECIO EN ESPAÑA

75 PTAS.

IMPRESO EN ESPAÑA



NOTAS

[1] Juego de palabras. «Tonight» significa «Esta noche». < <